

P



El color de las
buganvillas

María Laura De Piano

Premio Sagitario Ediciones de Novela Corta 2017

María Laura De Piano

EL COLOR
DE LAS BUGANVILLAS

Premio “Sagitario Ediciones” de Novela Corta
2016-2017

ISBN: 978-9962-5577-7-7

Colección Premio “Sagitario Ediciones” de Novela Corta

El color de las buganvillas

Primera edición

© María Laura De Piano, noviembre de 2017

© Foro/taller Sagitario Ediciones, noviembre de 2017

Diseño y diagramación

Silvia Fernández-Risco *silvisfergon@gmail.com*

Portada:

Enrique Jaramillo Barnes *jaramillo_e@yahoo.com*

Foto de autora en solapa:

Arabelle Jaramillo *arabellej@gmail.com*

Edición: Carolina Fonseca *carolina@ombit.com*

Enrique Jaramillo Levi *henryjaramillolevi@gmail.com*

Impreso en: Impresora Pacífico, S.A. Panamá.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, incluida la fotocopia, de acuerdo a las leyes vigentes en la República de Panamá, salvo autorización escrita del autor o de los editores.

Foro/taller Sagitario Ediciones es un proyecto didáctico-creativo-editorial que surge de la necesidad de perfeccionamiento y difusión de nuevos autores de talento; y que posteriormente desarrolla su aspecto editorial como resultado del asocio y amistad de Carolina Fonseca, editora y escritora venezolana radicada en Panamá, y Enrique Jaramillo Levi, escritor, profesor, editor y promotor cultural panameño. Buscamos propiciar, perfeccionar y promover la calidad escritural que nace del talento innato. Creemos fundamental la disciplina, tenacidad y oficio autocrítico en la creación y publicación de textos literarios. Nuestro sello tiene cinco colecciones: 1. “Cuentos de taller”, destinada a dar a conocer nuevos talentos formados en talleres diversos (incluidos los que se imparten en Foro/taller Sagitario Ediciones, que a partir de enero de 2013 da origen a este proyecto), así como en Diplomados en Creación Literaria; 2. “Convergencias”, antologías de diversa índole; 3. “Epifanías”, nuevas obras de autores destacados; 4. Premio “Sagitario Ediciones” de Novela Corta, para obras que obtengan este galardón; 5. “Breve”, para obras de diversa índole que tienen pequeño formato y menos páginas de lo usual.

Agradecemos el desinteresado apoyo
de los siguientes patrocinadores
que hicieron posible la publicación de este libro:

Grupo Melo

Instituto Nacional de Cultura

Riba Smith, S.A.

*A mi entrañable amiga María,
donde quiera que estés.*

índice

Cruzando el océano

PRIMERA PARTE

En un lugar llamado Indias

I

II

III

IV

SEGUNDA PARTE

La danza ardiente de las velas

V

VI

VII

VIII

IX

X

XI

XII

TERCERA PARTE

El color rojo púrpura de las buganvillas

XIII

XIV

XV

XVI

XVII

XVIII

XIX

XX

EPÍLOGO

Sin Dios, sin gloria y sin ti

FALLO PREMIO SAGITARIO EDICIONES DE NOVELA CORTA

Cruzando el océano

—¿Sara Balaguer de Arcas?

La voz del mulato de uniforme verde claro la trajo de regreso al presente.

—Sí, soy yo –se escuchó decir.

—Por favor, mire a la cámara. ¿Cuántos días va a permanecer en el país? –preguntó el hombre mientras pasaba la vista de su rostro al pasaporte, y de ahí a la pantalla de una computadora.

—Diez días.

—Bienvenida, adelante. –La voz del uniformado era inexpresiva, aunque se esforzó en parecer gentil al momento de hacer sonar una chicharra tras lo cual se abrió la puerta del cubículo, permitiéndole pasar.

Como siempre a esa hora de la tarde, el aeropuerto de La Habana era un caos de gritos, risas, música y olores. Arrastrando la maleta caminó con dificultad entre grupos de turistas y familiares de recién llegados en dirección a la salida. En cuanto se abrieron las puertas de cristal una ola de calor le golpeó en el rostro y un hombre de pantalón azul y camisa blanca se ofreció a llevarla al tiempo que señalaba un carro moderno en cuyas puertas se leía la palabra “Taxi”. El aire acondicionado la reanimó y se dio cuenta de que, aunque no indicó su destino, el vehículo ya salía del aeropuerto. Suspiró hondo y se recostó en el asiento.

—Al Hotel Inglaterra, por favor.

Entraron en la ciudad de noche, acompañados por una salsa empalagosa que escapaba de la radio.

—¿Española, verdad? ¿Turismo? –Los ojos del chofer la escrutaban por el espejo retrovisor.

—Sí —mintió.

—¿Va a visitar solo La Habana?

—Sí —volvió a mentir deseando que el hombre no le hiciera más preguntas.

Por fortuna sonó un celular. El conductor dejó de mirarla y se enfrascó en una conversación aparentemente con una mujer. Reía y esquivaba con agilidad los innumerables baches de las calles sumidas en la penumbra. Sara podía distinguir siluetas fantasmales caminando por las angostas veredas o sentadas en los portales. Por fin llegaron a una avenida con bulevar en el medio, ahora el carro esquivaba bicicletas y triciclos. Se detuvieron frente a un edificio antiguo que aunque algo deteriorado aún guardaba elegancia. En la vereda varios turistas sentados en mesas de hierro disfrutaban de un conjunto musical. Tres negros en guayaberas blancas y una guitarra.

Bajo la mirada curiosa del personal del hotel, se dirigió a la recepción atravesando el pequeño lobby azulejado al que ni siquiera las diminutas figuras multicolores lograban darle un toque de alegría. Mientras tomaban sus datos, contempló la barra de madera oscura al fondo del restaurante vacío y sin saber porqué se sintió angustiada y triste.

Su habitación en el tercer piso olía a pintura fresca y el mobiliario, una mezcla de diferentes estilos y épocas, brindaba una decoración impersonal sin el menor atisbo de calidez. Una cama, dos mesas de noche, un sillón y tres sillas distribuidas de manera caprichosa. Paredes desnudas y un ventilador de techo moderno y barato. Luego de darse una ducha, con el cabello mojado salió al pequeño balcón. Era una noche estrellada y húmeda. La sorprendió la cantidad de carros antiguos que circulaban por la calle mezclados con Ladas rusos y vehículos de lujo. Frente a ella, el Parque Central, iluminado por farolas de hierro, dejaba ver las siluetas de numerosos transeúntes que lo atravesaban en todas direcciones. Por un momento cerró los ojos y se dejó envolver por la mezcla cadenciosa de timbales que saturaba el aire tibio del verano. Prendió un cigarrillo y miró la hora. Las cinco de la mañana en Madrid. Tenía hambre. Regresó a la habitación dejando las puertas del balcón abiertas, y luego de buscar sin éxito el menú de *room service* llamó a la recepción. Casi cuarenta minutos después un mulato de ojos claros le subió un bocadito y una copa de vino tinto. Al igual que el chofer del taxi, el hombre intentó iniciar una conversación y Sara se vio obligada a volver a mentir.

Contaba con poco más de una semana y no sabía por dónde comenzar su trabajo. Aunque en realidad no era un trabajo sino una obligación o un deber. O tal vez una certeza. Carlos, la única persona que la apoyó durante el último año, no pudo acompañarla. Pensó con tristeza en su amigo que salió de Cuba en el 92 con un boleto sin retorno y ahora la esperaba a miles de kilómetros de distancia. Recordó el entusiasmo reflejado en sus ojos aquella tarde en Madrid mientras prometía ayudarla recurriendo a viejas amistades y contactos. Si estaba allí, tendida en una cama del Hotel Inglaterra y con una lista de nombres, direcciones y teléfonos de la isla, era gracias a él. Otra vez se dejó envolver por el ritmo lejano de los timbales y se quedó dormida.

PRIMERA PARTE

En un lugar llamado Indias

I

*A mi Dios pidamos que buen viaje hagamos;
y a la que es Madre de Dios y abogada nuestra,
que nos libre de agua, de bombas y tormentas*

VERSO ANÓNIMO. SIGLO XVI.

Ya no sentía dolor, solo sed. Su cuerpo inerte se balanceaba acunado por las olas cálidas y suaves. Pegado a la cintura intuía la presencia del objeto familiar. Eso lo reconfortaba, no estaba tan solo. Otra vez intentó rezar.

Un mes antes, la flota, bien aparejada y abastecida, había partido de Sanlúcar de Barrameda con dos semanas de retraso. La tripulación, provista de bastimentos y armas, se componía de jóvenes, viejos, nobles y caballeros. Eran cuatro navíos cargados de aventura y codicia que se balanceaban bruscamente rumbo a las Indias.

Antonio era un mozo andaluz de familia algo acomodada que desde pequeño soñaba con ser piloto de alguno de los barcos que veía desde la playa; aburrido de la monótona vida de campo, un amanecer de verano salió de su pequeño pueblo con destino a Sevilla y, en unos días, fue reclutado como grumete de la expedición. Así se embarcó, como casi todos los demás, atraído por los relatos de las riquezas del nuevo mundo.

El mal tiempo comenzó después de la escala en las Canarias, donde llenaron los barriles con agua fresca. Cuando sobrevino la primera tormenta la flota se desorganizó; cada barco tomó su rumbo y, pasados nueve días en los que no dejó de llover, se percataron de que se habían separado y perdido de la nave capitana. Antonio dejó de escuchar las historias de oro y riquezas; los hombres rudos y curtidos por el sol guardaban silencio, mientras los jóvenes marineros como él pasaban la mayor parte del tiempo acostados en el piso mojado de la bodega vomitando. Algunos invocaban a la Virgen, otros se unían a los rezos de dos frailes que con sus sotanas empapadas caminaban con dificultad llevando en alto una cruz de madera. Un crujido atroz les anunció que habían perdido parte del palo mayor. El andaluz, arrepentido de haberse embarcado, apretaba un pequeño espejo que le regalara su madre el día anterior a la partida.

Al retornar la calma, tuvieron que botar al mar buena parte de la

carne y el pescado que traían de España, ya podridos por el calor y la humedad. El agua de los barriles se volvió verde y espesa y el contramaestre los obligaba a beber dos sorbos diarios que tragaban entre arcadas. Algunos hombres, hambrientos, perseguían por el barco grandes ratas que después asaban en cubierta y los bizcochos tenían tantos gusanos que Antonio los mordisqueaba de noche para no ver a los repulsivos bichos moverse sobre el alimento. Así navegaron por varios días, casi a la deriva, sin velamen y con el palo mayor dañado.

La segunda tormenta fue aun más intensa. El capitán, un hombre de cuerpo mediano y barba oscura, forcejeó contra los vientos y mareas contrarias durante horas. Poco a poco una neblina espesa y azul cubrió el barco; este dejó de zarandearse y quedó como suspendido en el aire. Un canto suave y dulce de mujeres envolvió la nave, que apenas se balanceaba. Los dos franciscanos abandonaron sus rezos y se unieron a la agotada tripulación que, amontonada a un costado de la cubierta, intentaba identificar a través de la niebla la procedencia de aquel canto maravilloso que les hizo olvidar el temor, el hambre y el timón por un buen rato.

De repente el cielo se tiñó otra vez de fuego, los truenos parecían descargas de artillería y el viento huracanado comenzó a torcer la nave como un torbellino. Casi toda la tripulación en cubierta fue arrojada al mar, que se los tragó rugiendo enardecido. Antonio, aferrado con fuerza a una baranda de popa, vio muy cerca una hilera de rocas oscuras.

Después, una ola gigante cubrió al barco, lo empujó contra el arrecife y lo partió en dos. El impacto lanzó al joven varios metros por el aire, arrojándolo desmayado contra las piedras.

Cuando recobró la conciencia, seguía lloviendo torrencialmente; aún era de noche y el cielo se iluminaba por continuos rayos. Tendido boca abajo sobre una roca inclinada, cada cierto tiempo una ola lo cubría de espuma hasta la cadera. Intentó arrastrarse hacia arriba, pero punzadas de dolor le recorrieron el cuerpo. Permaneció quieto largo rato hasta que dejó de llover y, aunque el mar seguía embravecido, el viento se convirtió en una brisa leve. El frío y el miedo le calaban los huesos y ni siquiera podía rezar porque ninguna oración le venía a la mente. Notó algo duro entre su ropa, debajo de él, y se acordó del pequeño espejo de su madre. Sentirlo pegado a su cuerpo le dio esperanza. Volvió a intentar moverse y comprendió, entre alaridos de dolor, que tenía quebradas ambas piernas. Presa de pánico, se puso a llorar como un niño.

Con las primeras luces del alba escuchó voces, alzó la mirada y vio a pocos metros a dos mujeres jóvenes sentadas sobre una piedra. Poseían una belleza sobrenatural. Eran delgadas, de piel muy blanca, largos cabellos de azul intenso cubrían sus torsos desnudos. Antonio creyó ver que de la cintura para abajo vestían algo que brillaba, como las escamas nacaradas de los peces. Comenzaron a cantar con dulzura. Embriagado con aquel canto ya no sentía miedo ni dolor y se abandonó a la suerte, deslizándose hacia abajo hasta caer al mar.

Despertó cuando alguien lo arrastraba. Trató de respirar. Solo un poco de aire entró a sus pulmones y jadeando abrió los ojos; la luz del sol era tan fuerte que le clavó agujas en las pupilas, no pudo volver a cerrarlos y se quedó inmóvil con los párpados abiertos. Un rostro se inclinó sobre él. La piel era cobriza y la mirada oscura. Intentó decirle que tenía sed, pero sus labios no se movieron. Lentamente, el semblante extraño fue desvaneciéndose en las sombras.

II

*Ellos no traen armas ni las conocen,
porque les mostré las espadas
y las tomaban por el filo
y se cortaban con ignorancia.*

CRISTÓBAL COLÓN – OCTUBRE, 1492.

Con la llegada de la noche comenzó la gran batalla en el cielo. Macú y los demás hombres permanecieron en la pequeña cueva. Afuera se escuchaban terribles explosiones. Las espadas de fuego que caían sobre el mar embravecido iluminaban por momentos el interior del refugio. Sin duda, Juracán estaba enojado con alguien allá arriba, probablemente con los hombres blancos que llegaban en grandes piraguas. Había estado lloviendo durante dos días y ahora el viento doblaba las palmas casi hasta hacerlas tocar el piso. Macú sintió miedo, pero no quería que Tamaná se diera cuenta; lo primero para él era protegerla. La lucha en el cielo se hacía cada vez más peligrosa y ella se apretaba, temblando, a su cuerpo desnudo.

Cuando amaneció dejó de llover. Con los primeros rayos del sol, el mar, ya tranquilo, se volvió otra vez turquesa y comenzó a lamer la arena con un sonido suave y seco. Salieron de la cueva y se alegraron porque sus chozas apenas fueron dañadas. Las mujeres recogieron pencas para tapar los huecos que el viento dejó en los techos de los bohíos y los hombres corrieron a la playa. Después de una gran batalla en el cielo, el mar les regalaba cosas. Observaron enormes pedazos de madera que se acercaban a la orilla, ondulando sobre las olas, y varios se metieron en el agua hasta la cintura para atraparlos. Eso les confirmó que Juracán triunfó sobre los hombres blancos y empezaron a dar gritos de alegría. Algunos se montaron en canoas y salieron en dirección a los arrecifes. El sol comenzaba a calentar la arena cuando flotando llegaron tres cuerpos. Solo dos tenían pelos oscuros en la cara.

Macú, que se había quedado en la playa, observó al hombre sin barba. Como siempre, el cuerpo blanco venía cubierto de tela. Lo arrastró hasta sacarlo del agua. De pronto, el naufrago abrió bien grandes los ojos y

lo miró por un largo rato. Su cara tenía la palidez de la muerte y una herida profunda en la frente dejaba ver un pedazo de hueso amarillento. Abrió la boca como para decir algo, pero se le llenó de agua y se quedó inmóvil con la mirada vacía. Pasado un tiempo prudencial, el indio, con curiosidad, comenzó a tocarlo. Nunca antes estuvo tan cerca de un hombre blanco. Primero pasó sus dedos entre los cabellos claros y ensortijados y después por la piel del rostro que era suave y delicada, casi como la de Tamaná. Luego comenzó a registrar entre la tela en la que venía envuelto. Sintió algo duro y pequeño y lo tomó con la mano para observarlo. Era redondo, tenía una saliente por donde asirlo. De golpe, un ojo oscuro apareció frente a él. Horrorizado, Macú lanzó con fuerza el objeto al tiempo que corrió a refugiarse detrás de una roca. Allí se quedó escondido, aunque de tanto en tanto se asomaba curioso. Aquello seguía allí, semienterrado en la arena, y cuando el sol iba bien alto comenzó a brillar de una manera extraña. El brillo era tan fuerte que el indio no podía mirar en esa dirección. Al anochecer, sintió hambre y regresó a la aldea.

Esa noche no durmió. Con las primeras luces volvió a la playa y encontró el objeto tal cual lo dejara el día anterior. Se atrevió a tocarlo y, manteniéndolo lejos de su cara, le dio vuelta, observando que del otro lado era blanco y tenía pintada una hilera de flores rojas parecidas a las que Tamaná se colocaba en el pelo los días de fiesta. No sabía si era algo bueno o malo, pero sí que tenía magia, que era de él y no iba a compartirlo con nadie en la tribu. Enterró su botín debajo del gran árbol, junto a su choza, cuidando que el lado del ojo estuviera lejos de su cara.

Al día siguiente decidió mostrárselo a Tamaná. Ella era lo que él más amaba; incluso en sueños la veía recolectando frutos con sus cabellos negros y brillantes deslizándose por la espalda torneada; cuando sonreía, diminutos dientes blancos contrastaban con su piel cobriza. A Macú le gustaba regalarle aretes de caracoles y adornarle el cuello con coloridos collares.

En la mañana sacó el objeto de su escondite, lo metió en su taparrabos, buscó a su compañera y juntos caminaron por el sendero de la playa. Esperó alejarse de la aldea para decirle que tenía algo mágico que llegó del mar con un hombre blanco. Ella tomó el pequeño objeto con una mano y lo acercó a su cara. Entonces vio el ojo. Gritó asustada e intentó huir. Él tuvo que tranquilizarla, abrazándola por un buen rato. Una vez calmada, analizaron el tesoro con curiosidad y respeto hasta percatarse de que si lo

alejaban un poco, aparecía el mismo rostro que veían al tomar agua en el arroyo.

Era un rostro familiar y amigable; a veces era el de Tamaná y otras el de Macú, lo cual les causó mucha gracia. El día completo lo pasó la pareja ensimismada con ese descubrimiento. Ella le confirmó que era algo poderoso y que debían esconderlo.

III

diablo. *Que os ofrezco a vos y a ellos al*

FRAY BARTOLOMÉ DE LAS CASAS

Después de muchas lunas la barriga de Tamaná comenzó a hincharse y tuvo que tejer una nueva nagua para tapar su desnudez. Los pechos redondos se escapaban por entre los collares de colores y ya no pudo cargar las pesadas canastas de frutas. A pesar de que la tribu atribuyó su preñez al chamán y a sus brebajes, ambos sabían de dónde provenía la magia.

La india parió sola y en cuclillas una madrugada de invierno a orillas del arroyo. Cargó con cuidado al recién nacido y lo sumergió con ella varias veces en el agua fresca para lavar la sangre y el sudor del parto antes de volver al bohío en donde la esperaba su compañero. Le pusieron Bajacú, que significaba “lucero de la mañana”. El bebé era sano y vivaz. Heredó la piel cobriza y los ojos oscuros de sus padres.

Para cuando al niño le salieron los primeros dientes, recibieron noticias de que los hombres blancos llegaban ya no de visita, sino para quedarse, y que, a pesar de que ellos les brindaban agua y comida, los blancos, sin motivo, cortaban manos y cabezas; incluso se decía que quemaron vivo a un cacique. Sintieron temor y decidieron buscar refugio en un poblado más grande. Así fue como Macú guardó su preciado objeto mágico junto a algunas pocas chucherías, y con Bajacú cargado en la espalda de su madre, caminaron un día y una noche hasta llegar a la gran aldea, construida en las márgenes de un río. Allí levantaron su nueva choza.

En esas tierras era habitual escuchar historias de los hombres cubiertos de tela. Y otros nativos tenían objetos similares al que Macú encontrara tiempo atrás en la playa. Los blancos los regalaban a cambio de comida. Decidieron que ya no era necesario esconderlo y el indio fabricó un cordel para colgarlo al cuello de Tamaná, cuidando que el lado mágico tocara su piel como una manera de protegerla.

Una mañana se corrió la voz de que las gentes nuevas se hallaban cerca. La tribu comenzó a prepararse, dejando libre la mitad de los bohíos como ya era costumbre, para que los hombres blancos durmieran en ellos. En

la tarde se agruparon en un extremo de la aldea, sentados en cuclillas y entretenidos en sus charlas, a la espera de los visitantes. Muchos cargaban canastas con frutas y calabazas con agua para ofrecerles en bienvenida.

El sol casi se escondía cuando vieron aparecer por el camino del río a un grupo grande de hombres blancos. Tres o cuatro de ellos venían sentados sobre animales gigantes nunca antes vistos en esas tierras. Una exclamación de asombro recorrió a la tribu y después, en absoluto silencio, contemplaron el paso majestuoso del grupo de barbados y sus bestias. De pronto, el tranquilo anochecer se llenó de gritos. Los indios desnudos corrían dando alaridos mientras hombres, mujeres, niños y viejos eran golpeados y mutilados con las espadas. Lo primero que pensó Macú fue proteger a su hijo que, todavía sin reaccionar, permanecía sentado junto a él.

Un hombre blanco tomó a Tamaná de los cabellos y la arrastró varios metros hasta perderse entre la aterrorizada multitud. Macú cargó al pequeño, lo apretó contra su pecho y corrió en dirección a los árboles. Apenas podía avanzar, tropezando con los cuerpos ensangrentados que se amontonaban por docenas en el suelo. Otros indios huían despavoridos en todas direcciones, chocando aturridos entre sí. Le pareció escuchar varias veces a Tamaná gritando su nombre. Él seguía corriendo con el niño en brazos para buscar refugio en el bosque. En instantes, el cielo se oscureció y el aire se cargó de zumbidos. Vio a numerosos nativos trepados al techo del batey desde donde disparaban cientos de flechas. Los blancos, confundidos primero, intentaron protegerse levantando los brazos sobre sus cabezas. Un grupo corrió en dirección a la gran choza y le prendió fuego. Los indios caían al piso con los cabellos en llamas y, allí mismo, sin piedad los barbados los degollaban con afilados puñales. Macú sentía en su pecho al pequeño Bajacú estremecerse de miedo. Casi llegaba a mitad de camino cuando un hombre blanco, sentado en una bestia, se colocó frente a él. Tenía el cabello rojizo y brillaba en sus ojos una luz perversa que paralizó al indio. Desde arriba el español, de una sola estocada, los atravesó a ambos.

IV

*Siervos, obedeced a vuestros amos
según la carne con temor y*

temblor...

NUEVO TESTAMENTO (EFESIOS 6:5-7)

La india se preparó para recibir otro golpe, pero esta vez no llegó, y se quedó hecha un ovillo en el piso del bohío. Los gritos que venían de afuera llamaron la atención del blanco que giró sobre sí mismo y salió apurado en dirección al camino de entrada. El cielo se iba apagando y ella podía escuchar ahora más cerca las voces de varios barbados que discutían de manera estrepitosa. Se acostó agotada sobre el suelo de tierra. Al rato sintió pasos que se acercaban y algo fue arrojado con fuerza dentro de la choza. La precaria portezuela se cerró con cadenas.

La luna se colaba entre las maderas irregulares de las paredes iluminando el interior con una intensa luz de plata. La india se puso de pie de un salto y permaneció por unos minutos parada frente a una figura oscura como la noche, vestida con polleras largas. Se percató de que era una mujer. Se quedaron inmóviles, observándose durante largo rato. Tamancaá apretó con una mano el objeto que colgaba de su cuello y lo colocó delante de sí apuntando a la extraña, cuyos ojos brillaban. Le pareció respirar un aire fresco y perfumado. Su instinto le dijo que no corría peligro y, muy despacio, le brindó una calabaza con agua. La otra bebió con desesperación. Sin dejar de mirarse, la india y la negra se acostaron, una a cada extremo del bohío hasta que fueron vencidas por el sueño.

Belica fue traída de Sevilla junto con otros ciento cincuenta negros ladinos, de los que solo llegaron con vida poco más de la mitad. Conocedora del idioma de los blancos, sabía que se encontraba en un lugar llamado Indias, de habitantes débiles y enfermizos. Apenas la bajaron del barco, el calor sofocante y el aroma dulzón le recordaron la tierra de donde fue arrancada de niña. Su madre murió en aquella penosa travesía a España y ella fue criada por una negra vieja en casa del ama Josefina, una viuda aristócrata y sin hijos que, además de bautizarla en la parroquia de Santa Ana, le enseñó con paciencia y dulzura, entre otras cosas, el idioma y las tareas domésticas. La

vieja, en cambio, le transmitió los secretos y misterios de África. Por eso Belica le rezaba, tanto a la Virgen de la Antigua, como a las deidades orishas. A ella todos los santos la protegían por igual. A la muerte del ama, el único heredero, un sobrino sin fortuna, la entregó por unos cuantos ducados a un genovés traficante de esclavos en las gradas de la catedral, quien embarcó con destino a las Indias. Ya en el nuevo mundo, fue vendida a un español de cabello rojizo y mirada perversa para los oficios de la casa.

Su nuevo amo era un hombre mayor, regordete y maleducado que poseía mediante encomienda a varios indios para trabajar en las minas. Como todos los hombres que Belica había conocido en esas tierras, tenía dentro del cuerpo al mismo diablo. No sentía piedad por los pobres nativos, que a fuerza de azotes, bajo el mando de un capataz, trabajaban para él de sol a sol. Le gustaba mortificarlos de todas las maneras posibles y siempre andaba detrás de las indígenas más jóvenes. Ella dormía en una precaria choza junto a una india de piel cobriza, de nombre Tamaná, que aunque ya entrada en años poseía una increíble belleza por la que aquel blanco sentía especial atracción. No era enviada a las minas como los demás, pero sí era golpeada y abusada con frecuencia por el viejo español.

Lo que no sabían los traficantes genoveses ni el amo de cabellos rojos, era que la esclava, producto de su amorío con un negro *congo* que conoció días antes de la muerte del ama, traía vida en el vientre. Primero lo tomó como regalo del cielo, pero ahora que su suerte había cambiado y después de ver la crueldad que imperaba en esas tierras, la preocupaba el futuro del niño. Así es que, temerosa, escondía el secreto bajo sus anchas faldas. La única que lo compartía era Tamaná, que en la soledad del bohío le tocaba el vientre hinchado y la miraba con picardía. A ambas las unían el dolor y la humillación del cautiverio, y el odio al despiadado amo.

Una tibia tarde de invierno, aprovechando que el español había salido de viaje, las dos mujeres descansaban bajo una palma.

—Tamaná, ¿ves esa hormiga? —Belica señaló al insecto y se agachó para recogerlo.

Aunque sabía que la india apenas entendía unas pocas palabras, desde el primer día tomó la costumbre de hablarle en el idioma del amo.

—Pues escuché que no muy lejos cientos de ellas están acabando con cosechas y árboles. —La negra jugueteaba con la hormiga entre los dedos y Tamaná la observaba con curiosidad—. Dicen que llegan en ejércitos oscuros y que los blancos no pueden hacer nada para detenerlas.

La esclava se quedó con la vista fija en la hormiga ahora inmóvil en la punta de su dedo índice. De golpe, sus ojos se iluminaron, depositó suavemente al insecto en el piso y rompió a reír a carcajadas. La india se contagió y las risas de ambas se escucharon por todo el paraje.

El amo regresó una semana después. Venía sentado sobre su caballo y rodeado por un grupo de hombres blancos que traían amarrados por el cuello a una docena de esclavos. No bien llegaron al caserío, los negros cayeron al piso, famélicos y lastimados. Un par de indios les acercaron calabazas con agua y el amo, vociferando, los espantó a latigazos al tiempo que le daba órdenes al capataz.

Belica, que en ese momento hacía las tareas domésticas, miró la escena a través de una ventana y sintió profunda tristeza por sus infelices hermanos. El blanco andaba de muy mal humor y el diablo se le salía del cuerpo.

Al poco rato escuchó gritos y vio al español arrastrar a Tamaná por los cabellos en dirección a la casa. Una vez dentro le arrancó con violencia la poca ropa con la que iba vestida. La india trataba de defenderse, pero el hombre la azotaba sin piedad al tiempo que se desnudaba entre azote y azote. La negra comenzó a invocar en voz alta a sus santos en el instante en que la mujer cobriza tomó una vasija y con fuerza se la arrojó al amo en la cara. El español trastabilló y cayó de espaldas quejándose de dolor. Un hilo de sangre resbalaba por su frente. Tamaná, temblando, con ambas manos sostenía un objeto que colgaba de su cuello. A la esclava se le iluminaron los ojos.

La habitación se inundó de aire fresco y perfumado en el momento en que un ejército gigante de hormigas entraba lento y silencioso por la puerta abierta, marchando en dirección a la figura regordeta y sin ropas del blanco que comenzaba a incorporarse. En segundos cubrieron sus piernas y torso mientras él, inútilmente, intentaba espantarlas a manotazos. El amo volvió a caer, gritando aterrorizado. Tantas se le metieron por la boca que sus gritos se convirtieron en apagados quejidos.

Después se quedó inmóvil. Su cuerpo desnudo, ahora negro, brillante y tieso, comenzó de a poco a deshacerse y para cuando el ejército de hormigas abandonó la habitación, solo quedó en el piso un montoncito de polvo oscuro. La negra se agachó y sopló con todas sus fuerzas hasta que las diminutas partículas se perdieron en el aire.

Tamaná y Belica tomadas de la mano abandonaron la sala. Desde el

portal de madera observaron el caserío bañado por la luz naranja del atardecer. La india se descolgó el objeto del cuello y, hablando en su idioma, lo restregó varias veces con cariño sobre la barriga hinchada de la negra. La esclava, sonriendo, tomó el espejo, lo guardó entre sus pechos y entró a la casa. Tamaná, libre al fin, huyó desnuda en dirección al río.

SEGUNDA PARTE

La danza ardiente de las velas

V

La casona de la familia Núñez Ribera, en el Vedado, rodeada de galerías y anchas columnas blancas, era una muestra de la opulencia y el lujo de la época. En cuanto se terminó de construir, don José instaló allí a su única hija y a varios esclavos libertos que seguían trabajando a su servicio, bajo la supervisión de un cuñado que vivía a pocas cuadras.

La vida en el ingenio se tornó peligrosa con la guerra, aunque su verdadera razón era dejar de ver esos ojos gris-perla que tan tristes recuerdos le traían; y además para que Merceditas, que ya andaba en edad de merecer, se pudiese relacionar con la sociedad habanera y encontrara cuanto antes un marido apropiado.

Con la mudanza a la capital las expectativas del hacendado pronto se vieron cumplidas. Su hija se convirtió en una de las damas más distinguidas de la ciudad y un español de Aragón, dueño de una gran fortuna que amasó explotando minas de cobre por más de un decenio en la isla, comenzó a cortejarla. Álvaro de Arcas era cuarentón y trabajó muy duro en la colonia, por lo que tenía pensado regresar a su tierra natal para hacerse cargo de grandes viñedos que allí compró. Solo necesitaba encontrar una esposa joven y abnegada, dispuesta a casarse con él y formar una familia.

Cuando conoció a Mercedes quedó prendado de esa muchacha bellísima e inteligente; comenzó a invitarla a tertulias y reuniones a las que la joven acudía con su tío don Gonzalo o con su nana. Luego siguieron paseos por el parque y bailes en residencias de familias de renombre, señal de que era aceptado por la familia Núñez Ribera, por lo que decidió pedir la mano de la cubana.

Una tarde de mayo, desde el ventanal de su recámara Mercedes observaba a Lazarito que se entretenía jugando con el agua de la fuente. De improviso vio abrirse el portón de hierro y entrar al coche de su padre. Don José solo viajaba a la capital para acontecimientos importantes, y la casona se preparaba para recibirlo con varios días de anticipación. Se compraban verduras y frutas especiales, se ventilaba la recámara principal y se colocaba ropa de cama recién lavada y almidonada. La última vez había sido a finales de enero cuando el gobernador interino, Maggon, le entregó la presidencia a don José Miguel Gómez.

El hacendado bajó del coche, se dirigió a la fuente, sacó una moneda

del bolsillo y se la regaló al negrito, que había dejado de jugar con el agua y miraba al recién llegado con una mezcla de sorpresa y miedo. La joven se percató de que algo fuera de lo normal sucedía.

Una hora después la nana entró a la recámara hablando agitada.

—Mi niña Merceditas, su padre y su tío don Gonzalo la esperan.

—Rufina, díles que estoy indispuesta.

—Mi niña, debe ir. El amo don José dice que es muy importante.

El amplio despacho ocupaba toda una esquina de la casa. Hileras de libros cubrían las paredes y los pesados muebles de madera le daban un aire solemne y frío; el único color era el rojo púrpura de las buganvillas, que se dejaban ver a través de los ventanales.

Consideraba ese lugar el más triste de la casa, pero ese día, viendo a los dos hombres sentados esperándola, además de angustia sintió en el ambiente algo extraño.

Su padre le informó que el distinguido Álvaro de Arcas había pedido su mano y comenzó una larga plática explicándole las ventajas de contraer matrimonio con un personaje tan importante. Mercedes, sorprendida, no podía emitir palabra. No sentía atracción por aquel hombre casi de la edad de su padre. Aceptaba sus atenciones, bailaba con él y compartía paseos simplemente por educación y para complacer a don José, pero en el fondo la aburrían sus conversaciones, y cuando se hallaba con él deseaba regresar a la casa. El hacendado continuó hablando sobre el beneficio que su enlace con ese caballero podría traerles para salvar la difícil situación por la que atravesaba el ingenio azucarero que fuera propiedad de su madre, producto de la pasada guerra.

La mirada de don José denotaba tristeza. La joven, que por primera vez lo escuchaba mencionar a su madre, sintió que iba cayendo sin remedio en un abismo.

Casi dos días pasó Mercedes encerrada en su recámara, bebiendo pequeños sorbos de té que Rufina le dejaba sobre su mesa de noche. Perder el ingenio era como perder el alma de su abuelo y de su madre. Además, era el único lugar donde ella era feliz. Recordó con nostalgia los cañaverales ondeando con el viento, el canto de los negros, el aroma meloso de la zafra y el sonido cantarino del río. Pensó que don Álvaro no era un mal hombre; educado y gentil, la trataba con delicadeza. Tal vez su padre estaba en lo cierto. Llevaría una vida acomodada, formaría la familia que ella nunca tuvo

y, lo más importante, salvaría al ingenio de la ruina. Después de todo, durante las reuniones y tertulias solía escuchar a otras damas decir: *si hay respeto, con el tiempo se aprende a querer*.

A partir del momento en que tomó la decisión de aceptar, las cosas se precipitaron. El aragonés le envió un enorme ramo de flores y su padre, para sellar el compromiso, lo invitó a cenar en la casona. Durante la cena el caballero le entregó un valioso anillo de brillantes, que rutiló bajo la luz de la enorme lámpara de baccarat del comedor, e hizo planes con su padre y su tío para su prometida. El hombre se marcharía a España dentro de poco para iniciar los preparativos del enlace que se llevaría a cabo en cinco meses; así, a finales del verano la joven debía embarcarse junto con su tío, para llegar exactamente una semana antes de la boda. Don Álvaro tenía varias hermanas que se encargarían del ajuar. Vivirían en el barrio más elegante de Zaragoza, en un palacete que la familia del aragonés mandó a construir en el recién inaugurado Paseo de Sagasta y que contaba con los avances del nuevo siglo.

Mercedes no sentía que estuvieran hablando de ella y tampoco que ese futuro le pertenecía. Terminada la cena, los tres hombres se sentaron a fumar habanos conversando y riendo en el despacho de su padre. La joven, desde la galería, los escuchaba como en un trance.

El reloj del vestíbulo dio las ocho cuando el español se despidió de ella en el portal. Le tomó la mano con cariño y con cierta timidez le dio un beso en los labios. Tenía aliento a licor.

Una semana después conoció a Andrew Cole.

VI

saludó.

*Ay, qué placer sentía yo,
cuando en la playa sacó el pañuelo y me
Luego después vino hacia mí,
me dio un abrazo
y en aquel acto, creí morir.*

LA BELLA LOLA - HABANERA ANÓNIMA - SIGLO XIX.

Era un domingo como cualquier otro. La misa en latín, larga y aburrida. Mercedes no podía dejar de pensar en su triste futuro. Por fin llegó la bendición y junto a Rufina caminó un par de cuadras hasta el coche que las aguardaba en la esquina de Empedrado y Aguiar. La joven esperaba por la ayuda del cochero cuando alguien desde atrás se adelantó, abrió la portezuela y le brindó amablemente el brazo para facilitarle subir. Sorprendida, se dio vuelta y se encontró con el rostro de un hombre. Tenía los ojos de un verde tan profundo que le recordaron el color de los cañaverales en verano. El tiempo pareció detenerse y ambos quedaron observándose en silencio. Mercedes rompió el encanto y con una sonrisa subió al carruaje.

Lo volvió a ver al domingo siguiente dentro de la catedral; estaba sentado unos bancos delante de ellas. Cubriéndose parte del rostro con la mantilla de encaje aprovechó para observarlo. Era un joven esbelto y atlético, de cabello castaño claro que llevaba corto y peinado hacia atrás. Por la manera en que vestía se dio cuenta de que era extranjero, como tantos que por aquellos años de ocupación se veían en la ciudad. Con camisa y pantalones de hilo blanco irradiaba elegancia y buen gusto.

Al terminar la misa, las saludó sonriendo y preguntó si podía acompañarlas hasta el coche. Mercedes sintió cosquillas en su interior. Esas dos cuadras las caminaron a paso lento seguidos de cerca por la nana. Se presentó como Andrew Cole, un norteamericano que había vivido varios años en Puerto Rico y ahora estaba en la isla con la intención de iniciar allí sus negocios de café. A la joven le causó gracia la manera en que hablaba el español. Para ayudarla a subir al coche otra vez le brindó el brazo, luego tomó su mano y se la besó como despedida. El contacto de los labios suaves y tibios sobre su piel la hizo estremecer.

El martes en la tarde, acompañada de Rufina visitó el Café Europa en

busca de unos dulces y por el cristal de la dulcería le pareció ver al joven parado en la vereda de enfrente. Salió de la tienda con el pretexto de comprar encajes y caminó unas cuadras por la calle O'Reilly con la esperanza de encontrar a su nuevo amigo. Sin éxito y ante la insistencia de la nana regresaron a la casona del Vedado.

Apenas unos días después cenaba con su tío en La Dominica y el norteamericano, casualmente, llegó acompañado de otro extranjero, al que don Gonzalo enseguida reconoció como un afamado periodista inglés crítico de arte. Inmediatamente se levantó para saludarlo e invitó a los caballeros a compartir la mesa. Luego de las presentaciones de rigor, en las que los jóvenes fingieron no conocerse, los cuatro compartieron el resto de la velada. Mercedes sintió que los ojos verdes de Andrew solo la miraban a ella y en un momento en que los otros dos hombres platicaban entusiasmados, la muchacha aprovechó para guiñarle un ojo con picardía, a lo que él respondió con una sonrisa que la dejó sin aliento.

A la mañana siguiente llegó a la casona un enorme ramo de mariposas blancas con una invitación al Teatro Martí que la joven aceptó a pesar de los reclamos de su nana. Esa noche Andrew las esperó bajo la marquesina para acompañarlas al palco que había reservado. Mercedes, bellísima, con un escotado vestido color malva, que contrastaba con su piel dorada y sus ojos perlados, irradiaba sensualidad. Rufina había recogido sus cabellos con un gracioso moño del color del vestido, pero algunos mechones rebeldes le caían a ambos lados dándole un toque despreocupado.

La sala estaba repleta y en cuanto se apagaron las luces, aplausos y gritos inundaron el recinto para dar inicio a la función. Poco vieron del espectáculo; aprovechando la penumbra y la distracción de Rufina que no dejaba de reírse con las elocuencias de los actores, ellos permanecieron tomados de la mano. Luego Andrew se ofreció a acompañarlas a la casona y una vez que la nana se apeó del coche, le declaró su amor. Mercedes le relató de su compromiso con el aragonés y de su viaje a finales del verano para contraer matrimonio con un hombre al que no amaba, le dijo que debía obedecer los deseos de su padre para salvar el ingenio de la ruina. También que su tío Gonzalo sería el encargado de acompañarla y que se quedaría en España por algunos meses. El joven la miró sorprendido, sin pronunciar palabra, parecía contrariado y sus ojos verdes se inundaron de tristeza. Entonces Mercedes se acercó insinuante. Dejaron de besarse minutos después al escuchar a la nana llamar a la joven desde el portal.

Los dos meses siguientes fueron un torbellino de encuentros, paseos, caricias, cenas, bailes, cartas de amor, y besos en la oscuridad del coche o del jardín de la casona aprovechando alguna distracción de Rufina. Ambos disfrutaban del teatro y no había función a la que no asistieran. Solían cenar en compañía de su tío en restaurantes de moda, como el Roof Garden del recién inaugurado Hotel Sevilla, en donde se reunía lo más granado de la sociedad, y pronto Andrew se convirtió en un invitado más a las famosas veladas que organizaba don Gonzalo Ribera en su residencia, con quien entabló una rápida y estrecha amistad.

Por las tardes daban largos paseos por la Alameda del Prado y por el Parque Central. En uno de esos recorridos por el centro de La Habana, se tomaron divertidos una fotografía que dejaría su amor plasmado en papel. En realidad, pidieron que les tomaran dos fotos idénticas, ambos querían guardar para sí aquel recuerdo. Mercedes, con un ceñido vestido de verano que resaltaba su perfecta silueta, sonreía a la cámara con picardía y se apoyaba despreocupada en una sombrilla de encaje. Andrew, con una impecable camisa blanca, dejaba ver su espléndida sonrisa debajo de un sombrero de ala ancha.

El verano estaba llegando a su fin. Don Gonzalo se presentó en la casona del Vedado con noticias del aragonés y los pasajes en primera clase del trasatlántico que los llevaría a España. Sentado en la galería, bebiendo limonada en un vaso de cristal, le entregó a su sobrina una carta del español y le anunció que debía comenzar a alistar el equipaje porque restaban pocas semanas para la partida. Una vez que su tío se retiró, Mercedes abrió el sobre y comenzó a leer con desgano. El ajuar estaba casi listo. A la residencia le faltaban los últimos retoques, la catedral había sido reservada y el mismísimo obispo presidiría la ceremonia a la que acudirían más de cuatrocientos invitados, nobles y aristócratas. La joven suspendió la lectura y se quedó mirando el rojo púrpura de las buganvillas, que luchaban por cubrir las rejas de hierro. Sintió su corazón latir con fuerza y pensó que tenía que ver a Andrew. En ese momento vio a un mensajero que, acompañado del pequeño Lázaro, atravesó los portones abiertos y caminó en dirección a ella. El negrito sonreía y agitaba con su mano un sobre blanco.

VII

Mercedes Núñez Ribera poseía la exquisita belleza de las malagueñas y la sensualidad de las criollas. Su piel blanca dorada por el sol de los cañaverales contrastaba con sus enormes ojos de un gris perlado. A pesar de su triste infancia llevaba la alegría del Caribe en su interior.

Los Ribera habían sido dueños por más de un siglo de grandes plantaciones de caña. A la muerte del abuelo, los padres de Mercedes, recién casados, quedaron a cargo de esa propiedad que por aquel entonces ya contaba con el ingenio azucarero.

Después de un difícil embarazo, su madre murió en el parto y su padre, abatido por una profunda depresión, se encerró un año completo en la recámara. Ni siquiera quiso conocer al bultico rosado que lloraba en brazos de la partera. La negra Rufina, recién liberta y que había estado al servicio de su esposa, se encargó desde el primer momento de la recién nacida. Buscó entre las demás negras del ingenio a una nana de leche y se mudó a la casa principal para dormir junto a la pequeña. Incluso se aseguró de bautizarla en la iglesia del pueblo con el nombre de Mercedes, porque era el nombre escogido para la niña por su difunta ama. Cuando don José salió de la recámara, ya no era el mismo. El cabello le llegaba un poco más abajo de los hombros y una barba oscura cubría su rostro dejando ver un par de ojos apagados y perdidos. Mandó a retirar los retratos y pertenencias de su esposa, incluyendo los muebles de su dormitorio y el piano de la sala de música, que la mujer solía tocar por las tardes. Un grupo de negros temerosos de tener que manipular objetos que habían pertenecido a quien ya no estaba en este mundo, cargó los bártulos en tres carretones, luego de lo cual el viudo, que desde la galería controlaba la escena, ordenó se les prendiera fuego lejos de la plantación. Durante toda la noche el resplandor naranja y ocre de una enorme hoguera parpadeó en el horizonte y algunos negros juraron escuchar los acordes de una melodía, precisamente la misma que solía tocar la difunta al piano. El hacendado creyó que de esta forma iba a olvidar a la esposa que tanto había querido y cuyo nombre prohibió pronunciar en sus terruños. Para ese entonces la pequeña daba sus primeros pasos y reía feliz cuando Rufina bailaba haciendo palmas al son de los tambores en los días festivos.

El hombre recortó su cabellera, retomó sus negocios y comenzó

poco a poco a aceptar la existencia de su hija, a la que en su interior culpaba de la irremplazable pérdida. Los ojos perlados de Mercedes, réplica exacta de los de su madre, eran lo único que él no había podido quemar en la triste hoguera, por lo que sus demostraciones de afecto se limitaban a dedicarle de vez en cuando alguna sonrisa y traerle regalos de la capital. Contrató maestros y tutores para brindarle una buena educación con la esperanza de que en el futuro la niña encontrase un marido acomodado y se fuera a vivir lejos de la plantación; o mejor aun, en el extranjero.

La boda de su hija con el acaudalado Álvaro de Arcas representaba un gran alivio para don José. Dejaría de ver los ojos que tanto le recordaban a su esposa y salvaría el ingenio de la ruina.

VIII

*Si a tu ventana llega una paloma, trátala con cariño que es mi persona.
Cuéntale tus amores, bien de mi vida. Corónala de flores que es cosa mía.
¡Ay, chinita que sí! ¡Ay, que dame tu amor! ¡Ay, que vente conmigo, chinita! A
donde vivo yo.*

HABANERA LA PALOMA – SEBASTIÁN IRADIER – SIGLO XIX.

Dos mujeres oscuras bajaron de un carruaje en la esquina de Industrias y San Rafael. Vestidas con trajes de linón blanco, que les llegaban un poco más abajo de las rodillas, caminaron en penumbras por la calle adoquinada y angosta. La más delgada llevaba un chal que le cubría los brazos y un pañuelo anudado en la cabeza. El olor nauseabundo se mezclaba con el humo pesado de los tabacos que fumaban un grupo de negras sentadas en la angosta vereda y se escuchaba el golpeteo de tambores por encima de las risas y gritos de los transeúntes. Cuando llegaron a la puerta de servicio del hotel la mujer más gruesa se detuvo y se persignó. La otra desapareció dentro de un oscuro corredor.

El pequeño sobre había llegado a la casona del Vedado la tarde anterior después de la visita de su tío Gonzalo. En cuanto Mercedes vio a Lazarito correr en dirección a ella agitándolo en el aire, sin abrirlo supo de quién era. Luego de leer la nota, atravesó el parque y por el patio trasero entró a la cocina.

—Rufina, tienes que acompañarme. —La joven con lágrimas en los ojos le suplicaba a la negra.

—Ni lo sueñe, mi niña, ya me he arriesgado mucho por usted. —Rufina esquivaba la mirada porque no podía ver sufrir a su amita.

—Por favor, eres la única persona en el mundo en la que puedo confiar. Solo tú sabes cómo lo amo. —Gruesas lágrimas resbalaban por sus mejillas.

—Ay, niña mía... Usted es la luz de mis ojos. Soy una negra vieja y en pocos años no estaré en este mundo, no quisiera dejarla sola sin que nadie me la proteja. —La nana ahora acariciaba los cabellos de la joven.

—No puedo casarme con Álvaro de Arcas. Nunca seré feliz con él. Mi corazón pertenece a otro hombre. ¿Es eso acaso lo que quieres para mí?

Una vida triste, aburrida, lejos de mi tierra y al lado de un hombre al que no amo. ¿Eso es lo que quieres? ¡Mírame y respóndeme, Rufina! –Mercedes levantó la voz.

—¡Virgen de la Caridad! ¡Madre del Verbo! –exclamó la negra alzando los ojos al cielo y agarrándose la cabeza con ambas manos– Protege a mi niña. No dejes que nada malo le ocurra. –En voz baja comenzó a rezar en idioma yoruba.

Cuando las campanas del reloj del vestíbulo dieron las ocho, la nana abrazó a la joven, le secó las lágrimas con una punta de su delantal y dijo: –Andando, niña Merceditas, que ya son las ocho y no puede ir con esa ropa.

La figura delgada con el chal y el pañuelo en la cabeza corrió por los pasillos de servicio del Hotel Inglaterra, subió las escaleras en penumbras de dos en dos hasta el segundo piso, se detuvo en la puerta que tenía el número veintitrés y con suavidad tocó dos veces. La puerta se abrió y un joven vestido con una camisa blanca y pantalones de lino oscuro quedó embelesado contemplándola.

La amplia habitación estaba iluminada con velas y un enorme ramo de flores blancas adornaba la mesa que había en el centro. Eran mariposas, y el perfume dulzón lo cubría todo. Por primera vez estaban completamente solos y la sensación era extraña y excitante. La joven se descalzó y se quitó el chal, que cayó sobre el piso de baldosas. Él, despacio, desanudó el pañuelo que llevaba en la cabeza, liberando el largo cabello castaño, y sin dejar de mirarla le acarició varias veces las mejillas. Luego la tomó de la mano y la llevó al pequeño balcón. Era una calurosa y húmeda noche de verano. El bullicio del Parque Central llegaba apagado desde abajo; a lo lejos se escuchaba el ritmo cadencioso de tambores, y más cerca, los acordes suaves de un violín.

—Vámonos juntos de esta isla –susurró Andrew al oído de Mercedes abrazándola por detrás.

—¿A dónde? –La muchacha inclinó su cabeza y la apoyó en el hombro del joven.

—Al norte. Tengo contactos cerca de Nueva York. No puedo dejarte ir. *I love you* –dijo con dulzura.

—¿Cuándo? –La joven se dio vuelta y acarició el rostro varonil.

—En dos días zarpa el Empire City. –Andrew tomó la mano de Mercedes que dibujaba pequeños círculos en sus mejillas y comenzó a besar

uno a uno sus dedos—. Solo tengo que conseguir pasajes —dijo casi en un susurro.

Se besaron, y tomados de la mano regresaron a la habitación. Las velas proyectaban su danza ardiente en las paredes y el perfume empalagoso de las flores era aun más intenso. Antes del amanecer el bullicio del parque se había apagado, a lo lejos se escuchaban incansables algunos timbales. Entonces volvieron a hacer el amor, esta vez sin prisa.

Después Mercedes se vistió en la penumbra, se colocó el chal tapando los brazos y anudó el pañuelo a su cabeza ocultando su cabello.

—Adiós, *my love, good bye* —dijo Andrew, tratando de retenerla, y volvió a besarla con infinita ternura.

La joven salió del hotel por la puerta de servicio. Afuera la esperaba, rezando, su nana.

IX

*L'amour est enfant de Bohême,
Il n'a jamais jamais connu de loi.
Si tou ne m'aimes pas, je t'aime,
Si je t'aime, prends garde à toi!*

FRAGMENTO HABANERA - ÓPERA CARMEN - GEORGES BIZET - SIGLO XIX.

El calor intenso de un verano que no acababa de terminar se colaba implacable por los ventanales abiertos. En el espejo de la cómoda se reflejaba un coqueto ramo de rosas rojas, que más temprano había entregado un mensajero junto con una breve nota.

Hoy en la noche. With all my love. Andrew.

Sentada en un silloncito de la recámara, Mercedes hacía sonar su abanico. Desde allí observaba a Rufina, que sin dejar de llorar descolgaba y doblaba con cuidado prendas del guardarropa para luego acomodarlas en una pequeña maleta de cuero.

—No llores, negrita mía. En cuanto pueda enviaré por ti. ¿No ves lo feliz que soy? ¡Mírame, Rufina! ¿Alguna vez me has visto tan feliz?

—Es verdad, mi niña, bendita sea usted por tanta felicidad. ¿Pero qué le diré al amo José y a su tío don Gonzalo? Faltan menos de dos meses para su boda —dijo la negra entre sollozos secándose las lágrimas con un pequeño pañuelo de hilo.

—No voy a casarme con don Álvaro y lo sabes. En dos días estaré lejos de aquí.

—¡Que *Jesusito* se apiade de mí!

—Rufina, tú eres libre. Puedes marcharte cuando quieras. Vete también esta noche. Puedes trabajar y mantenerte hasta que yo mande a alguien por ti. —Mercedes trataba de consolarla.

—Niña Mercedita, soy muy vieja y tengo mis achaques. ¿Quién me va a dar trabajo?

La nana se quedó callada largo rato. Con cuidado acomodó en una caja algunas cintas y moños con los que solía adornar el cabello de su amita.

—¡Jesús! ¡Verdad que debería marcharme antes de que el amo y su tío don Gonzalo se den cuenta de que usted escapó al norte con el señor

Andrew! ¡Santa Bárbara bendita! ¡Protege a mi niña y protege a esta negra vieja! –exclamó Rufina y se persignó varias veces.

El enorme reloj del vestíbulo rompió el silencio con doce campanadas. La calle estaba desierta, iluminada apenas por los faroles, y detrás de las rejas que rodeaban la casona dos sombras se agazapaban en la oscuridad, entre las ramas de las buganvillas. La más delgada llevaba una maleta de cuero. La otra solo un bolso. Cuando escucharon los trinos de los pájaros, Mercedes se dio cuenta de que había surgido algún imprevisto y que Andrew no la recogería. Con las primeras luces del alba, las dos figuras regresaron abrazadas a la casa.

Durante toda la mañana la joven esperó por algún mensaje explicando los motivos. Era muy probable que Andrew no hubiera conseguido pasajes para el Empire City y que tomarían otro vapor rumbo al norte.

Pero nada llegó ni ese día ni el siguiente. Al tercer día Mercedes salió acompañada de Rufina. Esta vez el coche se detuvo en la puerta principal del Hotel Inglaterra. Un grupo de caballeros sentados en el café del Louvre vieron apearse a una muchacha bella y sensual que con paso firme pasó entre las mesas. Le pareció reconocer entre ellos a su tío don Gonzalo. De prisa atravesó el lobby de azulejos andaluces y se dirigió al mostrador de la recepción.

—Buenos días. Deseo entregar una carta para el señor Andrew Cole que se hospeda aquí. —Con delicadeza sacó un sobre de su pequeño bolso y se lo entregó a un moreno uniformado.

—Muy buenos días, señorita. Lamento no poder ayudarla. *Mister* Cole dejó el hotel hace tres días.

—¿Cómo? Perdón, no le entendí.

—Sí, señorita, *Mister* Cole se marchó la noche del miércoles. Yo estaba aquí y recuerdo que eran como las nueve, porque un momento después sonó el cañonazo. Eso sí, dejó una buena propina. —El moreno se rió con satisfacción y después pareció arrepentirse del comentario.

—¿Pero dijo a dónde iba? ¿O cuándo regresará?

—No, señorita. Tenemos prohibido hacerle ese tipo de preguntas a los huéspedes.

Mercedes apenas podía mantenerse en pie. El elegante vestíbulo del hotel parecía girar alrededor suyo y los azulejos multicolores se convirtieron

en un caleidoscopio que la envolvía. Tuvo que apoyarse en el mostrador para no caer.

—¿Usted sería tan amable de mostrarme alguna habitación? —susurró con un hilo de voz.

—Sí, claro señorita, si está desocupada con mucho gusto. El hotel acaba de volver a abrir sus puertas, ahora tenemos cuarto de baño y luz eléctrica en las habitaciones. Muchas personas distinguidas como usted vienen a ver las nuevas recámaras. Dicen que son igualitas a las de Europa —dijo el moreno con orgullo.

—Me gustaría conocer la habitación veintitrés, por favor.

—Ya mismo, señorita. —El uniformado abrió un cuaderno de tapas negras y luego tocó un timbre de bronce—. Voy a pedir que alguien se la muestre. Precisamente esa era la habitación que ocupaba *Mister Cole*. —Otra vez pareció arrepentirse de su indiscreción y tosió antes de continuar hablando—. Verá que es amplia y tiene una hermosa vista al Parque Central.

Mercedes subió los dos pisos muy despacio, cada escalón parecía retenerla y tenía que hacer un gran esfuerzo para pasar al siguiente. El empleado que iba delante se detuvo frente al número veintitrés y con solemnidad introdujo la llave en la cerradura.

La puerta se abrió y en cuanto la joven puso un pie dentro la envolvió el dulce aroma que habían dejado las mariposas. Los postigos de los ventanales estaban cerrados pero el sol se colaba entre las maderas y se reflejaba en las paredes. Recordó la danza ardiente de las velas y su corazón dio un vuelco. Tratando de huir de los recuerdos, abrió las ventanas, salió al pequeño balcón y respiró profundo. El parque a esa hora era un hervidero de gente. Desde allí le llegaban los gritos de los vendedores mezclados con el repiquetear de las campanillas de los carros de paseo y el eterno ritmo lejano de timbales. Debajo vio a su tío Gonzalo salir del hotel en compañía de un desconocido.

La ciudad desde lo alto le pareció enorme y se sintió muy sola. Sus ojos gris-perla se llenaron de lágrimas y una punzada de dolor le recorrió el cuerpo.

X

Gonzalo Ribera, único hermano de María de las Mercedes, era cuarentón. De pequeño había sido un niño enfermizo y delicado. Mientras su hermana disfrutaba de largas cabalgatas por el ingenio, él prefería quedarse en la casa junto a su madre leyendo libros con imágenes de colores. Cuando llegó a la adolescencia se volvió torpe y distraído. Pasaba largas horas sentado en la galería mirando el horizonte o encerrado en su recámara. No tenía amigos entre los hijos de los hacendados vecinos. En vano trató su padre, don Antonio, de entusiasmarlo con los oficios propios de la plantación.

Una vez que salió del internado del Real Colegio de Belén y se quedó a vivir en La Habana, se convirtió en uno de los solteros más codiciados. Bailaba estupendamente y su ropa estaba a la moda. Estudió arte y supo rodearse de pintores, músicos y escritores con los que compartía largas tertulias. Tenía un olfato especial para comprar y vender con astucia cuadros, esculturas, orfebrería, joyas y muebles. Con el dinero de esos negocios construyó una elegante mansión en el nuevo barrio del Vedado en la que vivía solo, rodeado de media docena de criados.

Eran famosas las reuniones y fiestas que organizaba en su residencia, decorada con exquisito buen gusto. A ellas acudían conocidas figuras públicas de la época. Se discutía sobre arte, literatura y política; tocaban afamados músicos, se bailaba y se disfrutaba de excelente comida y bebida. Quien fuera invitado al palacete de don Gonzalo podía considerarse parte de la alta burguesía.

Relacionado con el ambiente intelectual, ferviente defensor de las ideas nacionalistas e independentistas y miembro del partido liberal, había participado en revueltas y protestas en contra del presidente Estrada Palma, que en 1906 desencadenaron la segunda ocupación norteamericana en la isla. Siete meses después de que el gobernador estadounidense Charles Magoon, antes gobernador en la Zona del Canal de Panamá, entregase el mando al nuevo presidente José Miguel Gómez, surgió el compromiso de su sobrina Mercedes con el acaudalado Álvaro de Arcas, y con ello se le presentó la oportunidad de viajar al viejo mundo.

Si bien Gonzalo tenía ideas patriotas, por encima estaba su ambición económica y social. Deseaba llegar a España para codearse con la aristocracia, visitar viejas amistades y regresar meses después a la isla con

exclusivas pinturas europeas para subastar.

Desde su adolescencia no había regresado al ingenio de la familia. Ni siquiera para acudir al entierro de sus padres. Tampoco cuando, a la muerte por parto de su hermana María de las Mercedes, su cuñado José Núñez se encerró en una recámara, abandonando a su suerte la plantación y el ingenio. A su sobrina Merceditas la conoció apenas un par de años antes, luego de que se construyó la casona de los Núñez Ribera en el Vedado y don José la envió a vivir a la capital dejándola bajo su supervisión. Sentía afecto por esa joven distinguida e inteligente que había heredado los ojos perlados de su hermana.

La razón por la que no regresó al ingenio era uno de los tantos secretos de su vida y se remontaba a una noche de verano siendo él apenas un jovencito retraído.

Esa noche, su padre don Antonio fumaba tabaco en la galería. El olor empalagoso de la zafra aún flotaba en el aire. La finca estaba en paz. De repente risas y gritos provenientes de un depósito cercano a la casa rompieron la calma. El hacendado pensó que se trataba del amorío entre alguna pareja de esclavos. Eso no estaba permitido en la plantación, por lo que cogió su látigo y se puso de pie decidido a dar por terminado el escándalo.

El cobertizo de madera era amplio y a través de la puerta entornada se distinguía la luz amarillenta y titilante de un farol. Las voces se convirtieron en susurros. Don Antonio se asomó en silencio y en la penumbra vio dos figuras. Su hijo estaba desnudo tendido boca abajo sobre un colchón de sacos de azúcar y un mulato adolescente también sin ropa, sentado a su lado le acariciaba los muslos.

Se necesitó la fuerza de tres negros para calmar al hacendado. El hombre enceguecido repartía latigazos por el recinto tratando de alcanzar a los jóvenes que cubrían sus desnudeces aterrorizados. A la mañana siguiente el mulato fue entregado a un traficante con la indicación de que fuera transportado a algún cafetal en el oriente de la isla. Entre sollozos de su esposa y de su hija María de las Mercedes, Antonio Ribera salió de la plantación con su hijo rumbo a la capital para dejarlo internado con los jesuitas en el Real Colegio de Belén.

Gonzalo jamás regresó al ingenio ni volvió a ver a su padre.

XI

Mercedes demoró varios días en comprender que su amado se había marchado sin ella. Aun después de la frustrante visita al hotel, siguió creyendo que algún serio problema impidió que el joven la recogiera y se comunicara. Recorrió restaurantes, teatros, parques, avenidas y cuanto sitio habían paseado juntos, con la esperanza de encontrarlo. Una semana completa esperó en vano el reencuentro y cayó en depresión.

Rufina recurrió a sus dioses y vírgenes, convirtiendo la recámara de la muchacha en un improvisado santuario. Mientras la joven en penumbras lloraba tendida en la cama, la negra lo intentó todo. Primero dibujó con talco en el piso de la habitación una cruz de cuatro brazos, en cada extremo colocó una vela y en el centro un papel con el nombre de los amantes. Consiguió un par de criadas en las que podía confiar y les ordenó cantar en voz baja en un rincón de la recámara al mismo tiempo que ella daba largas pitadas a un grueso tabaco y rezaba. Lazarito, hecho un ovillo a los pies de la cama, observaba temblando la ceremonia; de vez en cuando cerraba los ojos y se tapaba la cara con las manos.

Al día siguiente probó invocar a la diosa Oshum, ubicando debajo de una imagen de la Virgen de la Caridad pequeñas vasijas con manzanilla y miel junto a una calabaza dentro de la cual colocó una vela prendida.

No le quedaban más recursos ni rezos y decidió que la joven se diera un baño de albahaca y coco. Preparó la tina con agua tibia y con esfuerzo arrastró a Mercedes al cuarto de baño. Aquello pareció calmar a la joven que se quedó largo rato sumergida hasta el cuello en el agua perfumada, con Rufina peinándole los cabellos. Después del baño, por primera vez en varios días aceptó comer un enorme plato de arroz con leche y rompió el silencio.

—No voy a casarme con Álvaro. ¡Nunca! Debo estar aquí a la espera de Andrew. Él va a regresar. —Tenía el rostro pálido y marcado por profundas ojeras.

—Niña Merceditas, usted... -Rufina se acercó para abrazarla.

—No, Rufina, no lo haré —la interrumpió—. Él no me abandonó, estoy segura de eso.

—¿Qué le dirá al amo don José?

—Que fui llamada por la fe y entraré al Convento de Santa Clara.

Esperaré a que se rompa el compromiso y mi padre se olvide del tema, entonces saldré y seguiré buscándolo.

—¡Alabado! ¿Y el ingenio?

—Rufina, tú bien sabes que si mi madre estuviese viva, me desearía lo mejor. Amo a Andrew. Él volverá por mí.

Mercedes tomó una pequeña fotografía de su mesa de noche, se la llevó al pecho y otra vez estalló en sollozos.

Dos días después comenzaron los vómitos. La nana pensó en llamar al médico de la familia, pero decidió esperar, no quería que don Gonzalo viera a su sobrina en ese estado. Convencida de que su niña podía haber caído presa de algún maleficio decidió, acompañada de Lazarito, llevarla con una comadre en Regla.

Caridad era gorda, negra azabache y tenía algunos dientes de oro. Vestida completamente de blanco y adornada con collares multicolores, recibió a Rufina y a la joven de manera efusiva. Las hizo pasar a una habitación abarrotada de santos, imágenes, vasijas, flores y velas en el fondo de la casa. Escuchó atentamente a Rufina y procedió a examinar a Mercedes observando de cerca los ojos perlados bajo la luz de un pequeño farol. Luego la acostó sobre una estera en el piso. Balanceó un pequeño péndulo sobre su vientre, le tocó los senos y dijo algunas palabras en yoruba antes de buscar, entre una mezcla de objetos arrumbados en un rincón, un frasco. Le pidió a la joven que orinara en él. La dejaron sola y regresaron con una botella de ron y un tabaco prendido.

Caridad tomó el frasco con el líquido ámbar e introdujo en él un cerrojo. Después de interminables minutos de rezos, cantos y humo del cigarro, retiró el trozo de metal del frasco y mirando a Rufina dijo: “Estoy casi segura”. Entonces echó unas gotas de ron en el recipiente, lo agitó varias veces, miró el resultado con atención y sin decir una palabra se acercó a Mercedes, que permanecía inmóvil en un extremo de la habitación. Le tocó la barriga y estalló en carcajadas “Estás preñada, mi niña”. La joven sintió que le faltaba el aire y cayó desmayada en brazos de la negra.

De regreso al Vedado, recostada en el hombro de la nana la muchacha se dejaba acariciar. Lágrimas resbalaban sin cesar por su rostro. Al día siguiente, Rufina y otras criadas comenzaron a preparar los baúles para el viaje a Aragón.

Apenas unos pocos días antes de la partida, sentada en la galería de la casona, Mercedes se hamacaba mecánicamente en un sillón de mimbre con

ambas manos apoyadas en el vientre. La poción que le dio Caridad aquella tarde en Regla acabó con los vómitos, pero ahora se sentía mareada y sin fuerzas. El sol ya era más suave y los árboles de las sombreadas calles del Vedado habían comenzado a perder hojas. La cascada rojo púrpura de las buganvillas había vencido a las rejas y caía coloreando el jardín. En tres días estaría navegando rumbo a España para comenzar una nueva vida al lado de un hombre al que apenas conocía y por el cual no sentía ninguna atracción. Le costaba imaginarse en otra parte que no fuera la isla, rodeada de extraños y en un mundo tan diferente al que estaba acostumbrada. Pensó en la criatura que llevaba dentro y se estremeció. Andrew había desaparecido. Buscarlo a través de las autoridades norteamericanas hubiera sido demasiado arriesgado para una muchacha respetable como ella y tampoco tenía argumentos ni datos para presentarse en una oficina a reclamar por alguien a quien apenas conocía. No podía revelar su embarazo, significaría quitarle a un inocente el futuro y condenarlo a vivir en las sombras de una sociedad rígida como aquella. Sin otra opción que viajar a Zaragoza y casarse con Álvaro de Arcas, Mercedes continuó hamacándose adormecida por la brisa fresca.

De pronto escuchó gritos y pedidos de ayuda en el patio trasero. Algo mareada se levantó y caminó lentamente en dirección a donde provenía el alboroto. Allí vio a Rufina inmóvil tendida en el piso, con los ojos cerrados, el rostro cubierto de sudor y rodeada de varios criados que trataban de reanimarla. Se arrodilló junto a ella y con desesperación pronunció su nombre varias veces. Ordenó a Lazarito ir en busca del médico, que llegó una hora después. La nana, ya algo repuesta, estaba sentada en la cocina, y mientras Mercedes le tomaba la mano, dos negras la abanicaban. Luego de examinarla el galeno determinó que había sido un problema del corazón. Dejó un frasco de jarabe y aconsejó reposo y tranquilidad. Rufina no podría soportar el largo viaje en barco.

XII

*La cubanita lloraba triste. Al verse sola y en alta mar.
Los marineros la consolaban “No llores, Lola,
no llores más.”*

LA BELLA LOLA – HABANERA ANÓNIMA - SIGLO XIX.

Tanto la llegada como la partida de Pío IX o Pionono, como se lo solía llamar, consistía en un acontecimiento que nadie quería perderse y que rompía con la rutina habanera. La entrada majestuosa del trasatlántico en la bahía arrastrado por remolcadores que sonaban sus bocinas era recibida por cientos de familiares de pasajeros, comerciantes y curiosos que se amontonaban en el muelle y que a empujones intentaban lograr el mejor lugar del espectáculo.

Una vez terminadas las maniobras de amarre y desplegada la escalera, descendían los pasajeros de primera clase ataviados con los últimos modelos de Europa y seguidos por docenas de baúles. Luego le tocaba a las clases inferiores. Por último, a la tercera clase; hombres y mujeres con rostros cansados, la ropa ajada y descolorida que no parecían haber viajado en la misma nave y cuyo destino era el campamento de Tricornia, donde permanecerían hasta ser reclamados por algún familiar o conseguir un trabajo.

La carga era para muchos más importante que el pasaje. Se descargaba maquinaria diversa, muebles, alimentos y pesados cajones que contenían todo tipo de mercancías, algunas de las cuales eran vendidas a las pocas horas en las tiendas cercanas al puerto.

Esa mañana de finales de septiembre Mercedes, sentada junto a su tío en el asiento de atrás del coche, trataba de contener inútilmente el llanto al tiempo que atravesaban la ciudad rumbo al puerto. Don Gonzalo en cambio, de muy buen humor y engalanado con sus mejores ropas, sostenía en sus manos los pasajes de primera clase y daba órdenes e indicaciones al chofer y a Rufina, que vestida de blanco se recostaba en la parte delantera del vehículo. Detrás, un carro llevaba el equipaje. Sentado sobre los baúles y con ropa dominguera iba Lazarito con el rostro ensombrecido.

Ninguna había dormido la noche anterior. Cuando la tenue luz del amanecer comenzó a colarse entre los visillos de las ventanas, la nana entró

a la recámara de Mercedes y se sentó al borde de la cama. Traía algo envuelto en pañuelos de colores. Los ojos de la negra brillaban con intensidad en la penumbra al desenvolver con mucho cuidado el objeto.

—Mi niña, es para que la acompañe y me la proteja —dijo la negra poniendo entre las manos de la joven un pequeño espejo de plata.

Permanecieron abrazadas y en silencio hasta que la habitación quedó iluminada por el sol de la mañana y escucharon llegar el coche de don Gonzalo.

Como era habitual, el puerto parecía tener vida propia; una ciudad dentro de otra. El chofer intentaba, sin dejar de tocar el claxon, abrirse paso entre la multitud para llegar al muelle. Del otro lado de la bahía el sol brillaba sobre los techos de Regla.

Luego de embarcar y sin prestar atención al recibimiento de la tripulación esmerada en mostrar los lujosos camarotes de primera clase, Mercedes subió a la cubierta principal y buscó a Rufina en medio del gentío que se apretujaba en el muelle. La nana seguía parada junto a Lazarito y al chofer, en el mismo lugar donde la había dejado momentos antes. La joven, apoyada en la baranda, con una mano en alto agitaba un pañuelo y con la otra apretaba el pequeño espejo que había recibido unas horas antes. De golpe sonó una sirena, el barco tembló y vibrando comenzó a moverse. Todo a su alrededor se detuvo. Ya no escuchaba las órdenes de la tripulación, ni los gritos de los demás pasajeros, ni la música de la orquesta en cubierta, ni siquiera las potentes bocinas de los remolcadores. Era solo ella aferrada a la baranda y el vestido blanco de Rufina que se alejaba lentamente.

TERCERA PARTE

*El color rojo púrpura
de las buganvillas*

XIII

En la oscuridad, manoteó el teléfono que chillaba en la mesa de noche.

—Buenos días, ¿señora de Arcas?

—Sí —respondió aturdida por el sueño y porque no estaba acostumbrada a que la llamaran por su apellido materno.

—El taxista que contrató tuvo un percance. Vendrá a recogerla sobre las once.

Al escuchar la voz del otro lado recordó que no estaba en Madrid. Miró la hora en el celular. Las diez y veinte. Pidió que le subieran un café con leche y alguna fruta. Todavía confundida se sentó en el borde de la cama y prendió la luz. Desde afuera le llegaban los sonidos de la calle y poco a poco fue acomodando sus pensamientos.

Todo comenzó casi cuarenta años atrás. Dos días después de la muerte de Franco. El generalísimo. El caudillo, como lo llamaba la abuela, que para ese entonces tenía ochentaicinco, y demencia senil.

Todavía le parecía verla aquella mañana de noviembre, sentada en la sala de música de la casona del barrio de Salamanca. Una habitación con enormes ventanales que daban sobre la calle Villanueva. Las enfermeras la vistieron de negro “para guardar luto” y le recogieron el cabello en un rodete. Su belleza era inmune al tiempo.

—Dile a Lazarito que recuerde alimentar a los peces —dijo la anciana sin apartar los ojos grises de la televisión ni siquiera cuando su nieta le dio un beso de despedida.

Ese día, Sara pasó varias horas en las cercanías del Palacio de Oriente. Las colas para entrar a la capilla fúnebre eran demasiado extensas y decidió regresar. Encontró a la abuela tomando el té en la misma sala, donde los tenues rayos del sol de la tarde se colaban entre las cortinas de gasa.

—Sarita, niña. Ven, siéntate a mi lado que quiero contarte algo. Es un secreto. —Los ojos perlados de la anciana tenían un brillo especial.

Sara conocía desde pequeña la historia de los Núñez Ribera y aunque nunca estuvo en la isla, escuchó el sonido de los cañaverales sacudidos por el viento, del mar acariciando la arena; también sintió el sol abrasador del verano y tibio del invierno. Podía imaginar cada rincón del ingenio, el río, las plantaciones, el paisaje salpicado de palmeras y describir palmo a palmo la casona del Vedado. Aprendió a bailar candombe y chacha, saboreó arroz con

leche y bebió buchitos de café dulce y oscuro en pequeñas tacitas de porcelana.

La anciana decía que había tenido varias vidas, una en las plantaciones, otra en La Habana, después en Zaragoza, y finalmente en Madrid. Pero que las dos primeras fueron las más cortas y felices. Llegó a España muy joven para casarse con su abuelo Álvaro. La familia de Arcas pertenecía a la aristocracia de Aragón y no vio con buenos ojos el arribo de esa muchacha nacida en la colonia y de costumbres muy diferentes a la usanza europea. Fueron meses muy tristes, pero pronto nació su madre, a quien bautizaron Lucía, y recobró la felicidad. Su abuelo era un buen hombre que adoraba a su mujer y a la única hija que pudieron concebir. Durante la guerra civil se instalaron en Madrid, en el palacete de la calle Villanueva. Lucía de Arcas, su madre, se casó con un vasco adinerado de apellido Balaguer y luego de varios embarazos fallidos, ya cuarentona, nació su hermano Antonio y años más tarde, ella.

Por la edad fue un embarazo de alto riesgo y Lucía murió en el parto. Su padre no pudo superarlo y como una manera de escapar a la realidad se dedicó a viajar por el mundo, dejándola a ella y a su hermano al cuidado de niñeras y de un par de tías solteronas y amargadas. Los únicos recuerdos felices que conservaba de su infancia eran las vacaciones en Zaragoza con la abuela Mercedes. Allí se instalaban en la antigua casona de Cariniea, con sus interminables viñedos que recorrían en carros de caballos, y jugaban a las escondidas en las bodegas.

Dos meses antes de cumplir los trece años, escuchó a sus tías comentar que su padre se había enamorado de una mujer en Australia. Poco tiempo después su abuela Mercedes se presentó de sorpresa y les preguntó si querían mudarse con ella a Madrid. Luego de una reunión familiar y de un par de breves llamadas, empacaron sus cosas y se montaron los tres en un tren rumbo a la capital. Fue uno de los días más felices de su vida. Su padre regresó al cabo de unos meses para anunciar su matrimonio, vender empresas y algunas propiedades. No lo volvieron a ver. Solo recibían dinero en sus cuentas bancarias y más tarde una importante herencia. De cualquier manera, ni su hermano ni ella sentían afecto por aquel hombre extraño, y desde que se mudaron al piso del barrio de Salamanca iniciaron una nueva vida.

La abuela viajó a Cuba por última vez a principios del 54 luego de la muerte de don Álvaro. En esa oportunidad planificó regresar e instalarse a vivir en la casona del Vedado, pero la muerte de parto de su hija Lucía la retuvo en España. No quería perder el contacto con sus pequeños nietos.

Un par de años después del triunfo de la Revolución Cubana, se

instauró un régimen comunista en la isla y recibió la noticia de que todas sus propiedades, incluido el ingenio, le fueron expropiadas. La imposibilidad de regresar a su tierra tan amada fue otro golpe muy duro. La familia de España aseguraba que a partir de ese momento comenzó a perder la cordura. A Sara le daba igual lo que dijeran, era feliz viviendo con ella en Madrid. Dentro del palacete de la calle Villanueva, aun en los meses más fríos del año se respiraba el aroma cálido y dulce del Caribe. Solo cuando murió la abuela la casa recuperó el clima helado del invierno madrileño y no volvió a ser la misma.

XIV

La casona intentaba con algo de éxito mostrar la opulencia y el lujo de un pasado de esplendor. Sara tocó varias veces con sus nudillos la chapa de un portón recién pintado de negro. Iba a regresar al taxi cuando de un costado de la casa salió una mujer delgada entrada en años y caminó en dirección a ella.

—Me dijeron que vendría, pase. Soy Migdalia. ¿Y cómo le fue en el viaje? —Hablabla sin mirarla luchando por abrir un candado.

En cuanto puso un pie en el sendero de entrada, Sara sintió una opresión en el pecho que la hizo detenerse. El amplio jardín estaba descuidado; solo hierba amarillenta de vez en cuando y algunos árboles con las ramas vencidas. A un costado, una fuente sin agua y rodeada de malezas. El único color era el rojo púrpura de las buganvillas que trepaban la verja de hierro. Trató de imaginar los canteros desbordando de flores, la hierba verde, la fuente con peces y el sendero de piedra impecable marcando la entrada a la pequeña mansión.

—Venga, por aquí —insistió Migdalia al verla dudar—. A esta hora el sol está acabando —le señaló un costado de la casa—. Siéntese, prepararé café.

Una galería rodeaba la casa y anchas columnas blancas le daban un aspecto digno a pesar del desgaste de los años. Sara caminó hasta un juego de sillones de mimbre. A pesar del agobiante calor, allí reinaba el fresco. Al poco rato la mujer regresó con el café y se sentó frente a ella.

—Vivimos aquí desde el 63. Somos de Oriente ¿sabe? Yo nací en Songo, un pueblo cerca de Santiago de Cuba. Mi padre era farmacéutico y mi madre, profesora de música. Vivíamos bien, nunca nos faltó nada. En el 58 me empaté con Alberto, el papá de los muchachos, y al triunfo de la revolución lo mandaron para La Habana y nos dieron la casa. Arriba de los garajes vivía un viejo criado, Lázaro. Era... —Migdalia se tocó el brazo izquierdo con dos dedos de la mano derecha, hizo una pausa y se percató de que Sara no la entendía—. Era negro —aclaró repitiendo el ademán—. Al principio dejamos todo igual, creíamos que los dueños iban a regresar en cualquier momento. —Migdalia se rió divertida—. Creo que vivían en España y le enviaban dinero al viejo para mantener la casa. Después usted sabe, no llegó más dinero. —Otra vez rió—. Le digo, durante años dejamos todo como lo encontramos y nos acomodamos en las habitaciones de atrás. ¿Le puedo

brindar agua? –Sin esperar respuesta desapareció otra vez detrás de la casa.

Sara respiró profundo, se sentía cansada por el viaje. Observó distraída el mármol del piso, opaco y gastado. La mujer regresó con un vaso. El agua fría empañaba el cristal.

—En el 93 murió mi marido y esto se puso malo. Imagínese yo sola en esta casa con los dos muchachos. Fue cuando comenzamos a vender algunas cositas, para resolver ¿sabe? –hizo una pausa y se quedó pensativa—. Edel, el mayor, se fue para Miami. Yuri se quedó y se encarga del negocio. – Esto lo decía con orgullo.

—¿Tiene un negocio?

—Rentamos habitaciones a los turistas. Les priva la casa. Me imagino que querrá conocerla por dentro. Venga, venga por acá. –Se puso de pie.

El interior era fresco y permanecía en penumbras. El péndulo del reloj de pie del vestíbulo estaba inmóvil, las agujas marcaban las dos y media.

—Dejó de funcionar hace años después que murió el viejo Lázaro. Él se encargaba de darle cuerda y arreglarlo.

Poco quedaba del mobiliario original. Contempló las altas bibliotecas del despacho, vacías e inútiles, vio su imagen reflejada en el enorme espejo del comedor donde la araña de baccarat intentaba brillar a pesar de tener un único bombillo encendido.

—Un alemán me quería comprar esa lámpara. Parece que es valiosa. Nos ofreció más de dos mil dólares, pero en Bienes Culturales le dijeron que no podía sacarla del país y se chivó la venta. –La voz de Migdalia sonó molesta.

Sara entró a la cocina, que parecía haberse detenido en el tiempo con los muebles de madera despintados y sucios; y por último, a la recámara que daba sobre el sendero de entrada, que fuera de su abuela. Una cama sin respaldar cubierta por un sobrecama azul y varios almohadones floreados, parecía demasiado pequeña en aquel dormitorio amplio, de techos altos y grandes ventanales de madera oscura. Intentó sentir algo, conectarse con algo, pero todo se había escapado de aquellas paredes.

—¿Así que usted es nieta de los que vivían en esta casa?

—Sí. La construyó mi bisabuelo a principios de siglo. Mi abuela Mercedes vivió aquí hasta que viajó a España para casarse con mi abuelo Álvaro.

—Pero ahora la casa es nuestra. Mía y de mis hijos —dijo la mujer en un tono poco cordial.

—No se preocupe. Solo vine a conocer el lugar del que tanto me habló mi abuela. En realidad, no es como yo lo imaginaba —dijo Sara intentando tranquilizar a la otra.

Luego de agradecer a Migdalia, regresó al taxi que la esperaba y desde la calle le dio una última mirada a la casa. Las buganvillas rojo púrpura caían alegres y enmarañadas por encima de las rejas.

XV

La vida de su abuela Mercedes estuvo plagada de anécdotas que Sara y su hermano, aun de adultos, disfrutaban escuchar. Pero de pequeña su relato preferido era el del antiguo espejo que la anciana conservaba dentro de una caja de música. De una exquisita belleza en plata maciza, con un mango por donde asirlo y a su vez colgarlo, tenía un lado de nácar con incrustaciones en piedras que formaban una corona de flores rojas y hojas verdes. La cara espejada estaba manchada por el tiempo y según le contara la abuela infinidad de veces, ese pequeño objeto había pasado de manos de una india a los antepasados esclavos de su nana Rufina, y por varias generaciones se le adjudicó un poder mágico. La historia la cautivó de tal manera que en más de una ocasión recibió en sueños la visita de una indígena de piel cobriza y cabellos negros que cargaba un pequeño niño en brazos.

Aquella tarde de noviembre, en el piso de la calle Villanueva, la abuela, además de confesarle el secreto guardado durante décadas sobre el amor de su juventud, le regaló su tesoro: el espejito de plata.

Sara permaneció casi toda la noche despierta y lo primero que hizo en la mañana fue telefonar a su hermano para contarle la historia del norteamericano. Lejos de intrigarlo, él le restó importancia.

—Sarita, la abuela Merche hace años que se fue del aire. O acaso no habla con Rufina o le da indicaciones a Lázaro. Oye, olvídate, que no es bueno revolver el pasado.

En ese momento pensó que tal vez Antonio tuviera razón, que se trataba solo de los desvaríos de una persona con demencia senil, por lo que dejó a un lado el asunto.

Luego de la muerte de la abuela conoció a Javier, su gran amor. Un hombre maravilloso que le enseñó a disfrutar al máximo la vida. Escritor, poeta y renombrado profesor de la universidad. Se casaron en la parroquia de Santa María del Pilar y al regreso de una inolvidable luna de miel en las Maldivas él se mudó al piso del barrio de Salamanca e instaló su estudio en la sala de música. Si había algo que caracterizaba a Javier era su sentido del humor. Nada parecía perturbarlo y solía reírse de sí mismo y de las situaciones que le tocaba vivir.

Al igual que su hermano, su marido no tomó muy en serio la historia de la abuela y solía llamarla: *Mi gringuita*. En alusión a su posible

descendencia norteamericana. A ella el apodo le causaba mucha gracia, porque a decir verdad hasta ese momento no había caído en cuenta de que sus rasgos eran más anglosajones que latinos. Aunque había heredado los ojos perlados, que parecía ser el sello de las mujeres de su familia cubana, su cabello era rubio, sus caderas estrechas y sus piernas extremadamente largas.

Compartían los mismos gustos por la lectura, el cine, los museos, los viajes. El fantasma de la muerte de parto de la bisabuela María de las Mercedes y de su madre atemorizaba a Javier, por lo que decidieron no tener hijos y su matrimonio por más de treinta años fue un noviazgo eterno, hasta el fatídico accidente.

Como tantas veces, planificaron un descanso en Saint Barts, una pequeña isla del Caribe en la que tenían una casa y solían pasar largas temporadas. A último momento un asunto de trabajo retuvo a su marido en España y ella viajó sola. Se encontrarían en Gustavia al cabo de una semana.

Ese día en el mercado del pueblo compró pescado, verduras y flores. Quería preparar una cena especial. Cuando terminó de cocinar, decoró la mesa de la terraza con pequeñas velas perfumadas. Prendió las luces de la piscina, pensando que al regreso ya habría anochecido. Luego tomó una ducha y se puso un vestido azul, corto y fresco antes de conducir colina abajo rumbo al aeropuerto.

Pero Javier no llegó. El pequeño avión bimotor se perdió en la noche. Sara contrató lanchas y equipos de búsqueda. Ni la nave ni los restos de los ocupantes fueron hallados. Por varios días albergó la esperanza de que su marido no hubiera tomado ese vuelo o que hubiera sobrevivido al accidente. Pasaba las horas sentada frente al mar con la mirada perdida en el horizonte. Se quedó un par de meses en la isla porque no se resignaba a volver sola a Madrid, hasta que comprendió que Javier, su vida, su amor, el hombre con el que había sido tan feliz, no iba a regresar. Entonces hizo las maletas, cerró la casa sabiendo que no regresaría por mucho tiempo y desconsolada, retornó al piso de la calle Villanueva.

Por primera vez se arrepintió de no haber tenido hijos y durante meses deambuló por el apartamento como un autómata, dejó todo tal cual estaba antes de viajar a Saint Barts. La ropa, los libros, la taza con restos de café que olvidó su marido sobre el escritorio, el cepillo de dientes en la misma posición en que él lo había dejado, e incluso el ramo de flores que le

regaló antes de llevarla al aeropuerto quedó amarillento y seco sobre la repisa de mármol de la chimenea. Era la única forma de sentir que él aún estaba allí. Salía poco y solo recibía algunas tardes la visita de su entrañable amigo Carlos, quien no se cansaba de darle ánimos, tratando de sacarla de la profunda depresión en la que había caído.

Más de una vez sintió la presencia de Javier en el parque del Retiro, donde les gustaba pasear tomados de la mano las soleadas mañanas de invierno, o en alguna sala del Museo del Prado. En esas ocasiones por un momento recobraba la esperanza de que estuviera vivo e iría por ella.

Con la llegada de la primavera, poco a poco se fue reponiendo y decidió donar a la universidad parte de los documentos y libros de Javier. Un sábado se dio a la tarea de ordenar la sala de música, que su marido utilizaba como estudio. Las horas fueron pasando sin darse cuenta y estaba casi en penumbras cuando en el fondo de una de las gavetas del antiguo escritorio que fuera de su abuela, en un sobre carcomido por el tiempo, encontró una foto antigua. Pequeña, amarilla, con los bordes irregulares y gastados. Sin pensarlo prendió la lámpara del buró. Contemplarla un instante fue suficiente para decidir su viaje a la isla.

Tuvo que experimentar el amor verdadero y el desgarró terrible de una partida sin adiós para tener el valor de cruzar el océano rumbo a La Habana y buscar el porqué de aquella otra inexplicable partida. Se lo debía a la abuela Merche.

XVI

Su tercer día en la isla y no podía desprenderse de la angustia y la tristeza que se apoderó de ella apenas bajó del avión. El día anterior, luego de su visita a la casona del Vedado, pasó la tarde deambulando por las calles cercanas al hotel hasta que oscureció. Quedó impactada por la arquitectura, el exquisito diseño de los parques y avenidas, los magníficos edificios que aun deteriorados conservaban elegancia y buen gusto. Se sintió transportada al pasado. Al regreso, cenó otro desabrido bocadito en la habitación y se metió en la cama, no sin antes enviarle un breve mensaje a Carlos. Primero tecleó “*Triste y con ganas de regresar*”, pero se arrepintió. No era justo. Su amigo estaría ansioso por recibir alguna mención a la ciudad que añoraba. Borró lo anterior y escribió “*La Habana es más bella de lo que imaginé*”. Después de enviarlo, sonrió satisfecha y cayó rendida por el sueño.

El taxi atravesaba la señorial Quinta Avenida. A ambos lados mansiones de diferentes estilos. Una fotografía de sus dueños originales. Colonial. Inglés. Neoclásico. Barroco. Art Decó. Al igual que la noche anterior, se sintió transportada al pasado y trató de imaginarse la vida en aquel sitio un siglo atrás. El vehículo se detuvo y permaneció dentro varios minutos observando antes de bajar. Un tranquilo barrio residencial, arbolado y con veredas angostas.

El cónsul resultó ser exactamente como lo imaginó. *Mister Truman* era el perfecto funcionario norteamericano del servicio exterior. Alto, delgado, de inexpresivos ojos azules, con un buen manejo del español y sonrisa cordial. La recibió en su residencia del reparto Cubanacan; una casa de una planta construida en la década del 50, con techos de tejas rojas y amplio parque. Un grupo de niños rubios jugaba en un columpio colgado de un árbol. Se sentaron en un jardín de invierno con amplios ventanales y exuberantes helechos. El aire acondicionado estaba encendido y por el mobiliario y la decoración, a Sara le pareció estar en otro país.

—El Jefe de la Sección me pidió que la recibiera y le pidiese disculpas. Él toma sus vacaciones en agosto. —El hombre se rió y prendió un habano—. Su historia es muy interesante. *Very interesting*. Tengo entendido que su abuela estuvo en La Habana en los *fifties* y se reunió dos veces con *Mister Beaulac*. Al parecer los de Arcas fueron gente muy influyente y con muchas relaciones.

—Sí, ella regresó a Cuba en varias oportunidades con mi abuelo Álvaro, tenían propiedades y negocios aquí. La última fue en el 54, después de enviudar, y se reunió con el señor Beaulac, el embajador en aquel momento. Según me relató mi abuela, él la recibió en el recién inaugurado edificio de la embajada norteamericana y la invitó a una recepción en su casa.

El cónsul se levantó y caminó en dirección a un pequeño bar situado en una esquina de la habitación. Regresó con dos vasos repletos de hielo y un par de latas de Coca-Cola.

—En ese tiempo las relaciones con Cuba y nuestra misión aquí eran diferentes. Además, solo habían pasado cuarenta y cinco años, *just a little time* ... poquito tiempo. —El cónsul se rió con fuerza mientras servía los refrescos—. Se hicieron averiguaciones y, según tengo entendido, no se encontró a ningún ciudadano americano con ese nombre que hubiera estado aquí a principios del siglo XX.

Sara bebió un sorbo de Coca-Cola. Estaba helada y deliciosa.

—Al parecer, por lo que me contó mi abuela, *Mister Cole* era una persona de cierta importancia. Se alojaba en el mejor hotel de la época, asistía a teatros, frecuentaba restaurantes de moda, estaba muy relacionado con la sociedad local. Se me hace difícil creer que no hubiera quedado algún rastro de su paso por Cuba. —Volvió a dar otro sorbo al refresco antes de seguir hablando—. Incluso era invitado asiduo a la casa de un tío abuelo mío, Gonzalo Ribera, que murió aquí en el 63. A finales de ese año, el Gobierno nos expropió el ingenio y las demás propiedades de la familia. Mi abuela no pudo regresar a Cuba.

Quería contarle a ese hombre todo lo que escuchó de labios de su abuela aquella noche en Madrid. Estuvo a punto de sacar de su cartera la pequeña foto amarillenta, pero por algún motivo no lo hizo y permaneció callada.

—Durante la ocupación, le aseguro que esta isla se llenó de aventureros y busca-fortunas. Muchos ni siquiera eran ciudadanos de mi país; mentían porque social y económicamente les traía beneficios. —El hombre volvió a reír a carcajadas y después dio una profunda pitada al habano—. En la oficina aún guardamos un *file* con la solicitud que presentó su abuela en el 54 y los resultados de la investigación. Tengo entendido que hasta se chequeó el libro de entradas del Hotel Inglaterra de *september* de 1909. No había ningún norteamericano alojado allí en esos días. Ni con ese

nombre ni con ningún otro. *Nobody*.

—Mi abuela no mintió —dijo Sara en voz baja.

—*My dear* Sara, ubíquese en la época. Una muchacha de sociedad queda embarazada un mes antes de contraer matrimonio con un personaje como Álvaro de Arcas... Qué mejor que decir que fue un extranjero desconocido. —El hombre le guiñó un ojo con picardía.

—Mi abuela no necesitaba inventar la historia del norteamericano. Fue un secreto que guardó más de sesenta años. Si el embarazo hubiera sido de otro hombre, por qué regresar después de la muerte de mi abuelo, en el 54, e intentar que le dieran alguna información en el consulado. Ese hombre existió, estuvo en esta isla y se enamoró de mi abuela.

Mister Truman se quedó en silencio largo rato observando al grupo de niños que jugaba en el columpio. En dos ocasiones abrió la boca como para decir algo pero no dijo una sola palabra. Sara intuyó que ese hombre sabía más de la historia.

—Lo siento, Sara, de verdad lo siento, *I am very very sorry*. No podemos ayudarla. Comprenda que pasó más de un siglo. —El cónsul otra vez se quedó en silencio por un momento antes de seguir hablando—. Si usted averigua algo por favor vuelva a visitarme; estoy muy interesado en la historia de *Mister* Cole. —Le hizo un guiño y se rió de manera estrepitosa buscando inútilmente la complicidad de Sara al tiempo que se ponía de pie.

De regreso al hotel el taxi volvió a atravesar Quinta Avenida. La reunión con el diplomático lejos de ayudarla la desanimó. Si no había ningún registro del paso de Andrew Cole por Cuba, entonces tal vez no existió y su hermano tenía razón. La historia era producto de la imaginación de una anciana con demencia senil. O como insinuó el cónsul: el embarazo fue de otro hombre y ella inventó la historia del norteamericano. ¿Pero quién era el personaje que posaba junto a ella en la vieja foto? ¿Un turista desconocido que se retrató con su abuela en un parque?

De pronto una vibración le recordó que había silenciado el celular. Tenía un mensaje en el contestador.

¿Sara? Oye, mi vida, tengo buenas noticias. Macedo te va a recibir el jueves a las once de la mañana. Envíame un email en cuanto puedas. ¡Cuidate!

La voz de Carlos sonaba excitada a miles de kilómetros de distancia. Faltaba un día para el jueves. Podría recorrer la ciudad o tal vez visitar alguna playa cercana. Adoraba el mar y le vendría bien tenderse en la arena

a ordenar sus pensamientos.

El sol se ocultó, atravesaban el túnel de Miramar. Aunque la angustia seguía en su interior, de súbito la embargó una ola de esperanza.

XVII

El Instituto Nacional de Historia era un edificio de seis pisos construido en la década del 30. Originalmente concebido para oficinas, allí se instalaron bufetes de afamados abogados, agentes de bolsa e importadores de la época. Las enormes puertas decoradas con bronce, los largos pasillos de la planta baja con pisos de mármol de carrara, lámparas Art Decó adosadas de tanto en tanto a las paredes, daban una idea de la magnificencia que había tenido esa construcción. En cuanto se identificó con la muchacha de la recepción, las puertas parecieron abrirse para darle paso. Era evidente que si la recibía el director, merecía respeto. Los viejos elevadores funcionaban, pero optó por las escaleras, no quería perder detalle de la arquitectura y diseño interior.

El enorme despacho ubicado en el tercer piso daba sobre la calle Mercaderes. Lo abarrotaban libros, carpetas y archivos de diferentes tamaños. Al fondo, en un claro de aquella selva de papel, sobresalían un gigantesco escritorio de caoba y dos gastadas poltronas de cuero que en algún momento fueron verdes. Sara se preguntó si debía sentarse frente al escritorio vacío o esperar de pie a que apareciera su anfitrión.

—La estaba esperando. —Una voz grave pareció salir de dentro del buró.

Macedo era diminuto. Pensó que debía estar sentado arriba de un almohadón o algo parecido para no desaparecer detrás del mueble. Su rostro redondo mostraba el mismo color y textura de los documentos. Pálido y arrugado, el hombrecito tenía una voz potente que no se correspondía con su cuerpo. La saludó con afecto, le preguntó por Carlos, el amigo en común, y después de un interesante relato de la historia del edificio, hizo una breve pausa antes de continuar.

—Hay un depósito con documentos y objetos encontrados después del 59, que por su antigüedad y contenido no fueron de interés para este Gobierno. Imagínese, con todo lo que debía hacerse en aquellos años quién iba a querer perder tiempo con papeles y basura de principios de siglo. —Se rió divertido—. Gracias a Dios a alguien se le ocurrió agrupar aquellas cosas y evitar que se botasen. Fue mi padre, que también era historiador y solía decirme que ese material era un tesoro. Pasé parte de mi juventud junto a él clasificando y husmeando aquello. Le aseguro que muchos de los documentos

y objetos que hoy se pueden ver en los museos de la isla los rescaté de allí. Pero desde que me nombraron director de este Instituto, ya hace más de quince años, no he podido dedicar el tiempo que quisiera a seguir investigando en el depósito.

Una mulata entró cargando una bandeja con botellas de agua mineral y dos pequeños pocillos de café. El aroma era exquisito y Sara sintió que recobraba fuerzas.

—Voy a autorizar que la dejen entrar y que le faciliten el trabajo. No puedo asegurarle que encontrará algo sobre la historia de su abuela. Por aquí se dice que no hay peor gestión que la que no se hace. —Volvió a reírse—. Muchos papeles están carcomidos por las ratas y otras alimañas. En el 76 un cortocircuito causó un incendio, y en el 92, con la tormenta del siglo la penetración del mar inundó parte de la primera planta. Esos eventos acabaron con muchas cosas, pero otras aún están allí esperando ser estudiadas y clasificadas. Para ayudarla un poco, al recibir la llamada de nuestro amigo Carlos intenté juntar y ordenar en parte lo que pensé pudiera interesarle. —Macedo miró el reloj de su muñeca y siguió hablando—: Me gustaría acompañarla mañana. Pero tengo una comisión de la ONU interesada en enviarme fondos para restaurar una iglesia. —Hizo una pausa—. Hace una semana que están aquí y debo atenderlos. —Volvió a mirar el reloj—. Sara, si encuentra algo interesante me lo hace saber.

Salió del Instituto pasado el mediodía y caminó por la calle Mercaderes hasta llegar a la esquina de O'Reilly. Allí observó sobre el empedrado, frente a un elegante restaurante, una docena de mesas bajo parasoles blancos. La Dominica, rezaba una placa de bronce a un lado de la puerta de entrada. Quería almorzar y ese lugar era encantador. El dependiente, un cubano joven y alegre, le relató brevemente la historia del establecimiento. Durante la colonia fue un elegante café, sitio de reunión de políticos, y luego, en el siglo XX, un afamado restaurante, frecuentado por los famosos de la época. Las pastas, ahora la especialidad del chef, estaban aceptables y el vino la sumergió en un sopor placentero que alejó en parte su angustia. Se quedó la tarde completa sentada en la pequeña mesa sobre la calle empedrada. El lugar quería transmitirle algo, aunque no sabía qué. Era como si ya hubiera estado en ese sitio. Se prometió volver antes de retornar a Madrid.

Regresó caminando por la calle Obispo, atravesó el Parque Central y antes de cruzar Prado se detuvo un momento para observar el hotel desde

el otro lado de la avenida. El antiguo edificio, dibujado contra el cielo teñido de los colores del atardecer, le pareció irreal.

Esa noche le costó conciliar el sueño, no por la esperanza de que al día siguiente encontraría alguna respuesta en el depósito sino, por el contrario, porque sintió otra vez que su viaje había sido en vano. La maldita ansiedad no la dejaba en paz. El sonido del aire acondicionado la aislaba del bullicio exterior. Dos veces se levantó y salió al pequeño balcón a fumar esperando que en Madrid fueran las siete de la mañana para llamar a su amigo.

Apenas se comunicó con él, le habló del encuentro con Macedo y del depósito que visitaría en busca de alguna pista. Escuchar una voz familiar y querida la tranquilizó y logró dormir algunas horas.

XVIII

El depósito estaba a pocas cuadras del hotel, dentro de lo que fue una antigua fábrica de helados. Incluso el nombre había sido grabado en piedra sobre la pared frontal del edificio. *Helados Polar*. La entrada tenía una reja cuyo motor no funcionaba, seguramente desde hacía varias décadas, por lo que se usaba una portezuela lateral que permanecía abierta. Sara se agachó para entrar y pensó que Macedo no necesitaba hacerlo. El fuerte olor a humedad y a encierro le recordó su visita a una vivienda de La Macarena, el viejo barrio de Sevilla. Su abuela la llevó allí de niña. No recordaba la casa ni los detalles, pero el olor la persiguió durante años.

Una mulata con uñas acrílicas pintadas de turquesa sentada en un pequeño buró hablaba por celular.

—Buenos días, mi vida. Dame tu pasaporte.

Sin dejar el teléfono, tomó su pasaporte y lo guardó en un cajón mientras se paraba.

—Vamos, ven que te muestro dentro. Tremendo calor anoche. ¿Almorzaste?

Sara no sabía si la mulata le hablaba a ella o a la persona del otro lado de la línea. La siguió por un estrecho pasillo que terminaba en una escalera.

—Es aquí —dijo la mujer—. Bueno, te dejo, que tengo que atender a una española. —Ahora sí dejó de hablar por el celular—. Soy Yamilé, en lo que la pueda ayudar, me dice. Macedo me orientó que le muestre algunas cosas. Venga por acá.

El lugar era enorme. Sara pensó que antaño allí estarían instaladas las máquinas de fabricar helado, pues las paredes lucían hasta la mitad recubiertas de pequeños azulejos amarillo claro. Innumerables objetos formaban columnas por todos lados, mas no era difícil intuir cierto orden ya que en medio de ellas había angostos pasillos que permitían recorrer el recinto. El calor era sofocante. Sara sintió que jamás iba a poder encontrar algo allí.

—Venga, venga por acá. —La voz de Yamilé la trajo de regreso al depósito—. Esto es lo que Macedo me indicó que le mostrara. La semana pasada él estuvo trabajando aquí varios días y separó estas cosas —dijo señalando un rincón—. Me dice si le interesa algo y veo cómo se lo hago

subir a la oficina. –La mulata se dio media vuelta y desapareció entre enormes cajas en dirección a la entrada. Del celular salía un conocido reguetón.

Lo que Macedo había separado para ella eran docenas de libros con los lomos descascarados y acomodados en desvencijadas bibliotecas, montones de carpetas color carmelita apiladas casi metro y medio arriba de dos burós, archivos de metal oxidado junto a percheros de pie -de los que solían tener las oficinas a principios de siglo- y máquinas de escribir desvencijadas. Empezó a caminar entre todo aquello, sintiendo que el sudor empapaba su blusa. Otra vez arrepentida y deseando estar lejos, en la comodidad de su piso del barrio de Salamanca, se sentó sobre una mesa baja, que increíblemente no sostenía libros ni objetos.

Justo frente a ella se apilaban viejos baúles muy parecidos a los que había visto de niña en el sótano de la antigua casa de Aragón. Su vista se detuvo en dos de ellos que llamaron su atención porque apenas los cubría una fina capa de polvo, como si hubiesen sido manipulados recientemente. Sara entendió que Macedo colocó los baúles en ese lugar con el fin de que ella pudiera verlos. Sin pensarlo, llamó a la mulata.

—¡Imagínese! ¿Ahora cómo voy a hacer para llevarle esos tarecos a la oficina de arriba? No, no vaya. Fidelito, mi amor, ¿puedes venir para acá? –La mulata se dirigía a alguien que permanecía oculto detrás de un montón de anaqueles.

A medida que oía pasos aproximarse Sara se preguntó cómo era posible que alguien pudiese estar a gusto en medio de tanto polvo y calor. Fidelito resultó ser un negro enorme de unos veinticinco años que vino a desperezarse delante de ellas.

—Coño... Yamilé, por tu madre, ¿cómo crees que pueda yo solo cargar eso?

Sara se dio cuenta de que en verdad era imposible y se le ocurrió ofrecerle una propina a cambio de que consiguiera a otra persona para que lo ayudara con la tarea.

¡Fide, que son las cuatro y media, mi vida! –La mulata gritaba desde la puerta.

Ambos le prometieron llevar los baúles a la oficina del segundo piso a la mañana siguiente.

Sara atravesó casi corriendo las cuatro cuerdas que la separaban del hotel. Tenía solo media hora para comer algo, cambiarse de ropa y esperar

por la persona que la llevaría al viejo ingenio de los Núñez Ribera.

XIX

La carretera Central resultaba demasiado ancha para los pocos vehículos que circulaban a esa hora de la tarde. Su chofer, un viejo profesor de física de Carlos, llamado Juan, parecía disfrutar en grande el conducir el flamante Audi rentado por Sara, y no paraba de hablar animadamente sobre el amigo en común, su familia y la vida en La Habana.

—Antes del 60 existían en la isla cerca de 59 ingenios. ¡Pero qué va! Ahora se pueden contar con los dedos de las manos. Me dijo Carluncho que usted es familia de los Núñez Ribera.

—Soy bisnieta de José Núñez y de María de las Mercedes Ribera. Mi abuela Mercedes se casó de jovencita con mi abuelo, Álvaro de Arcas. Él era español y ella se fue a vivir a España.

—Los Núñez Ribera eran grandes terratenientes. Ese ingenio, si mal no recuerdo, fue expropiado en el 63. Lo cerraron hace más de dos décadas, ahora solo se mantienen las plantaciones. —El conductor subió un poco el volumen de la radio—. ¿Le gustan los boleros, verdad? Este es uno de mis preferidos.

Sara hacía esfuerzos por ser cortés y mantener la conversación, pero estaba agotada. Apenas escuchó las primeras estrofas de *Lágrimas Negras* se quedó dormida. Abrió los ojos cuando el carro comenzó a dar tumbos. Atravesaban cañaverales por una carretera secundaria, estrecha y sinuosa, y Juan intentaba esquivar sin éxito los innumerables pozos y los montículos de caña aplastada sobre el camino. Cada tanto se cruzaba con un ciclista o un carro tirado por caballos. Miró la hora. Las seis y media. El sol del verano aun caía cálido sobre el campo.

—Aquí mismo es —dijo el conductor entusiasmado al tiempo que se detenía frente a un arco de piedra del que colgaba un cartel metálico; *Cooperativa Las Rosas*.

El único sendero de entrada era de tierra y estaba custodiado a ambos lados por estilizadas palmas que le daban al lugar un impactante toque señorial. Se detuvieron un momento frente a la alta chimenea de ladrillos del viejo ingenio que se erguía todavía orgullosa a pesar de sus paredes deterioradas y su inutilidad. Luego se dirigieron a la casa. Sara bajó del carro y se quedó inmóvil durante largos minutos delante de la construcción de piedra y madera. Estaba tal cual la imaginaba. El portal con

sus barandas de madera formando rombos, las amplias ventanas y las palmas rodeándola por los cuatro costados. Subió los escalones de entrada y recorrió la amplia galería. Podía ver a la izquierda las antiguas barracas de los esclavos ahora convertidas en depósitos. A la derecha, los campos ondulantes sembrados de caña salpicados aquí y allá por alguna palmera, y el río angosto rodeado de árboles.

En el horizonte una suave loma. Imaginó que fue allí donde su bisabuelo don José ordenó quemar las pertenencias de su esposa. *Los negros del ingenio decían que vieron durante toda esa noche el resplandor naranja y ocre de una hoguera, y juraban haber escuchado los acordes que la difunta tocaba al piano.* Sara recordó el relato de su abuela Merche y sonrió.

La tarde caía lenta y suave. Caminó en dirección al bosquecito. Cuando escuchó el sonido del agua apuró el paso. Se quitó las sandalias y dejó correr el líquido fresco y cristalino por entre sus tobillos. Sacó del bolso el pequeño espejo, lo miró con afecto por última vez, lo besó suavemente y con las dos manos lo arrojó con delicadeza al río. Le pareció que al hundirse brillaba de un modo extraño. Siguió con la vista el resplandor hasta que desapareció por completo.

Cuando regresó a la casa ya era de noche. La luna lo invadía todo con su luz de plata y un olor empalagoso llegaba desde los cañaverales. Juan la esperaba conversando con el encargado de la cooperativa, quien le convidó un café oscuro y dulce. Su esposa cocinaba mariquitas y arroz congrí que disfrutaron sentados en la mesa de la cocina antes de retornar a La Habana. Como despedida le regalaron un enorme ramo de mariposas blancas recién cortadas cuyo fuerte aroma invadió el interior del carro.

En cuanto salieron del viejo ingenio otra vez se quedó profundamente dormida. Como tantas veces desde que era pequeña, soñó con la india que cargaba en brazos un pequeño niño. Pero esta vez, la mujer de piel cobriza le hablaba en un idioma extraño y en su rostro se dibujaba una sonrisa.

No bien llegó al hotel le escribió un mensaje a Carlos: *Gracias . Fue un día feliz.*

XX

La mañana de agosto caía implacable sobre la isla, y las palmeras del Parque Central se erguían estáticas bajo el cielo azul claro del verano. De alguna manera se sentía aliviada. El día anterior en el viejo ingenio, había cumplido con una parte importante del propósito de su viaje. Dejar el espejo en el lugar que tanto amó su abuela fue como cerrar un círculo alrededor de su pasado. La tristeza y la angustia que la habían acompañado desde que bajó del avión desaparecieron como por arte de magia. Y aunque nunca llegara a averiguar nada de Andrew Cole, tenía la convicción de que ese hombre había estado en la isla y que fue el gran amor de la abuela Merche. Se puso un fresco vestido de tirantes y se preparó para volver a entrar en el depósito. Antes de salir del hotel recibió una llamada de Yamilé. Los baúles estaban esperándola en la oficina del segundo piso, pero no había corriente eléctrica y por lo tanto le sugería esperar a después del almuerzo.

Un poco desilusionada y con varias horas por delante decidió caminar por las inmediaciones del hotel aprovechando el poco de fresco de la mañana. Compró un mapa en la recepción del hotel y salió al bullicio de la calle. Atravesó el parque y tomó por Bélgica en dirección al mar hasta llegar al antiguo Palacio Presidencial, donde se entretuvo tomando algunas fotos. Desde allí le llamó la atención un estilizado campanario blanco de estilo gótico. Cruzó la avenida y una suave loma la llevó en dirección a una iglesia. Nada más pararse en la plaza adoquinada frente al templo y la embargó una extraña sensación. Iglesia del Santo Ángel Custodio, leyó en el mapa. Intentó entrar. Estaba cerrada. Se sentó largo rato en las gastadas escalinatas de mármol. Igual que cuando almorzó en el restaurante La Dominica, sentía que algo la conectaba con ese lugar. Luego de almorzar en una pizzería repleta de turistas emprendió el camino al depósito.

La corriente eléctrica había regresado, los dos baúles la esperaban en el segundo piso y la oficina contaba con aire acondicionado. Yamilé le brindó una taza de café recién colado y en cuanto la dejó sola comenzó a registrar el primer baúl, que contenía recortes de periódico de principios del siglo XX, mapas de Cuba, libros y un diccionario inglés-español. En el fondo encontró una caja forrada en cuero, desgastada por los años. Dentro, un sobre amarillento contenía una serie de papeles y documentos; los fue sacando uno a uno. De pronto algo se deslizó y quedó frente a sus ojos. Un

escalofrío le recorrió el cuerpo.

De su bolso sacó la imagen que encontró un año atrás en el escritorio de la sala de música del piso de Madrid y la colocó, sin poder evitar el temblor de sus manos, sobre la mesa. Las dos fotografías eran idénticas. La misma pareja sonriendo desenfadada a la cámara. Pasó suavemente los dedos sobre la muchacha vestida con el ceñido vestido de verano y sobre el joven de sombrero claro. Detrás, apenas visible, la figura oscura de la nana Rufina. Lágrimas desbordaron sus ojos y fueron a dar sobre la madera del buró. Le pareció escuchar el sonido seco, primero una y después la otra.

No supo cuánto tiempo permaneció llorando sentada frente a las fotografías antes de comenzar a sacar el resto de los papeles del viejo sobre.

Eran breves cartas escritas con letra pequeña, descoloridas por el tiempo. Con la vista nublada leyó algunos fragmentos. *Cuento las horas para verte ... Rufina accedió a acompañarme, espérame donde siempre ... Al tío Gonzalo parece no importarle nuestra amistad ... Tus besos son como ... Solo pienso en ti ... Cuando Lazarito me entregó el sobre sentí ...* Al final de cada una se leía: *Siempre tuya, Mercedes*. Las manos todavía le temblaban cuando sostuvo frente a sí dos pasajes con destino a Nueva York en el Empire City fechados 19 de septiembre de 1909. Luego extrajo un pasaporte norteamericano a nombre de Andrew Cole y otro con la misma foto a nombre de Jeremy Donovan. Las palabras del cónsul resonaron en su mente: *Durante la ocupación la isla se llenó de aventureros y busafortunas...* Llamaría a Macedo. Tenía la seguridad de que él la ayudaría a llegar hasta el final.

Con cuidado guardó los documentos en el mismo sobre donde estaban, lo metió en su bolso y después de despedirse de Yamile y de Fidelito, salió a la calle.

Envuelta en la calurosa tarde de verano caminó por O'Reilly en dirección al hotel entre una multitud bulliciosa y alegre. Atravesó el Parque Central, un remanso de sombra bajo frondosas palmeras, y sin pensarlo se sentó en un banco de mármol. Frente a ella el majestuoso teatro de La Habana con sus cuatro torres y exquisitas esculturas.

La ciudad le pareció bellísima.

*Por ti me olvidé de Dios, por ti la gloria perdí
y al fin me voy a quedar, sin Dios, sin gloria y sin ti.*

HABANERA ANÓNIMA – SIGLO XIX.

Desde el instante en que Jeremy Donovan puso por primera vez un pie en la isla sintió que se quedaría allí para siempre. El aire cálido, la sensualidad de las mujeres y el ritmo cadencioso de los timbales lo envolvió mágicamente. Nacido en Boston e hijo único de un viudo diplomático norteamericano, de pequeño deambuló por diferentes países. A la muerte de su padre, siguiendo su último deseo ingresó a West Point para recibir instrucción militar, y se graduó de alférez con honores. Después de un par de años de brillante carrera, Jeremy terminó en el despacho de un amigo de su padre, quien lo invitó a formar parte del servicio exterior de una manera diferente a la que él conocía. Así es como comenzó una segunda vida bajo el nombre de Andrew Cole.

Vivió en Panamá durante los acontecimientos que terminaron por sacar del dominio colombiano al Istmo, fungiendo como contacto entre los independentistas y los administradores del ferrocarril para concertar la jugarreta que en 1903 permitió descabezar las fuerzas militares enviadas por Colombia para sofocar la rebelión panameña. En Puerto Rico asumió la fachada de un terrateniente dedicado al cultivo del café con el fin de infiltrarse en círculos independentistas. Cuando recibió la orden de trasladarse a Cuba, sintió alivio de cambiar de aire. Guapo, inteligente, seductor y con modales refinados, se vio mezclado varias veces en problemas de faldas, la última con la esposa de un comerciante portorriqueño, lo que aceleró su salida.

Luego de un breve viaje a Washington, se embarcó con destino a La Habana donde se reunió con su contacto, un periodista inglés y crítico de arte que también trabajaba para su Gobierno, y durante un mes se familiarizó con la vida en la isla.

Su nueva misión era vigilar de cerca a Gonzalo Ribera, un criollo de familia acomodada, homosexual y relacionado con el partido liberal. Según la información, el cubano formaba parte de un grupo que planeaba derrocar al Gobierno. Los encargados de la misión le ayudaron a planificar sus primeros pasos. La manera más sencilla, sin levantar sospechas, era llegar a Ribera a través de su única sobrina.

Con ese propósito un domingo, a principios de verano, esperó a la muchacha en la catedral y la siguió un par de cuadras hasta el coche. Días más tarde la siguió hasta el Café Europa y la observó largo rato por el escaparate, desde la vereda de enfrente. No fue casualidad tampoco el encuentro en el restaurante Dominica, utilizando al afamado periodista inglés como vía para sentarse en la mesa de don Ribera. Al igual que fue planificada la invitación a la gala del Teatro Martí y su declaración de amor correspondida con un mágico beso en la oscuridad del coche. Invirtió, como de costumbre, sus encantos en la operación encomendada, y todo salió perfecto, excepto un detalle que no estaba contemplado en el plan: se enamoraría perdidamente de Mercedes.

Las cosas se le salieron de control, y fue sorprendido con la revelación de que don Gonzalo se iría a España con su sobrina, alejándose del escenario revuelto de la isla. Ese dato en otras circunstancias lo hubiese alegrado, porque un personaje peligroso para los intereses de su país quedaba fuera de juego, pero la noticia lo embargó de una profunda tristeza. Con la partida del criollo también partiría la única mujer que logró cautivar su corazón.

Al día siguiente de la gala en el teatro, en lugar de informar la buena nueva a su contacto, caminó sin rumbo por las bulliciosas calles del centro de la ciudad. Decidió ocultar por un tiempo la novedad sobre la misión que le había sido encomendada con la esperanza de cambiar el destino de la joven. Pasó varias noches en vela debatiéndose entre cumplir con su deber o con sus sentimientos. Conforme pasaron las semanas y los encuentros fueron más frecuentes, más fuerte era su pasión por ella y más débil la lealtad a su país. Si huía con Mercedes, don Gonzalo Ribera no viajaría a España y seguiría confabulando contra el Gobierno. Además, su actitud se vería como traición y su futuro se convertiría en una pesadilla.

Trataba de convencerse de que, en definitiva, hacía años que había aprendido a mentir como ninguno. Bien podría iniciar una nueva vida con otro nombre, lejos de allí y con la mujer que amaba a su lado.

Estar con la joven cubana se convirtió en una obsesión. Por eso aquella cálida noche en el Hotel Inglaterra, bañada por las velas y el aroma de las mariposas, comprendió que no tenía manera de escapar de su destino y ese destino era estar junto a Mercedes.

Conseguir los boletos en el Empire City, encontrar a quien les daría una nueva identidad y refugio en el norte, le fue fácil. Estaba entrenado para

esos menesteres.

Aquel último día en La Habana se reunió con su contacto y le entregó un breve informe que incluía la posibilidad de que don Gonzalo abandonase la isla por un tiempo.

Cumplida la que sería su última misión regresó al hotel para empacar. Antes de cerrar los baúles volvió a contemplar la imagen de su amada en la pequeña fotografía. La sonrisa de la joven le dio valor y se sintió feliz. Pagó su cuenta y dejó una buena propina al empleado de la recepción casi en el momento en que sonaba el cañonazo de las nueve.

Un coche negro lo esperaba en la puerta del hotel. El chofer era un mulato de su plena confianza que le debía un par de favores y que además de trasladarlos al puerto al día siguiente, les daría refugio esa noche. El vehículo tomó por la Alameda del Prado en dirección al mar, luego Monserrate, giró en Colón y se detuvo con las luces apagadas en la calle Compostela. Andrew bajó del coche, subió a pie la suave loma y se dirigió a la iglesia del Santo Ángel Custodio. Al cabo de largos minutos, de entre las sombras salió una mujer morena, que sin pronunciar palabra le entregó los pasajes para el vapor, que Andrew ocultó bajo su camisa y una vez en el coche metió dentro de uno de los baúles.

El vehículo puso rumbo al Vedado. La oscuridad y el silencio envolvían las calles. De súbito, algo golpeó los cristales traseros y un carruaje se cruzó en la esquina cortándoles el paso. El conductor tuvo que maniobrar bruscamente antes de detenerse. Dos personas salieron de la nada y con los rostros cubiertos por pañuelos corrieron en dirección al carro. Andrew pensó que serían asaltados e instintivamente buscó su arma, se apeó y se puso en guardia. Un momento después sintió un golpe seco en la cabeza y perdió el sentido.

Cuando despertó, iba acostado en la parte de atrás de un carro tirado por caballos. Sus ojos vendados, amordazado y amarrado de manos y pies. El cuerpo inerte del mulato, muerto o desmayado a su lado. El vehículo se detuvo, varias manos lo bajaron con brusquedad y fue arrastrado un largo trecho por un camino pedregoso. Finalmente se detuvieron y lo pusieron de pie.

—Gringo mal parido. —Con la voz de un hombre detrás de él, llegó una patada que lo hizo caer de rodillas—. Maldito espía.

Era inútil defenderse, solo se concentró en permanecer quieto. Sintió que le colocaban una gruesa soga en el cuello y comprendió que ya nada

podía hacer. No tenía miedo, después de todo siempre supo que podría acabar así. Sin embargo, creyó que era injusto llegar al final precisamente ahora, cuando más le importaba vivir. Trató de imaginar a Mercedes acariciándole el rostro y se sintió de alguna manera confortado. Lo último que vio antes de caer en el túnel de la muerte fueron los ojos gris-perla y la dulcísima sonrisa de la mujer que amaba.

El cuerpo de Andrew apareció colgado de un árbol en las afueras de La Habana. No llevaba documentos. Alguien le había robado la ropa pues lo hallaron desnudo. Cerca de él, encontraron a un mulato muerto de un tiro en la cabeza. Ambos fueron enterrados en una fosa común del Cementerio de Colón.

Los sicarios recibieron su paga y tal como se había acordado, entregaron los baúles, que fueron depositados en el sótano de una casona del Vedado para no correr el riesgo de dejar pruebas de la desaparición del norteamericano. En 1963, al morir el dueño, esa propiedad fue expropiada por el Gobierno revolucionario y el contenido del sótano, enviado a una fábrica de helados convertida en depósito. Durante años pasó a formar parte de la basura histórica hasta ser clasificada por el profesor Macedo.

El servicio exterior de Estados Unidos buscó al oficial Jeremy Donovan por algún tiempo aunque se cuidó de borrar las huellas de su paso por la isla. A fin de cuentas, no tenía familiares cercanos que preguntaran por él y las autoridades consulares recibieron órdenes expresas de no dar información. Su expediente pasó a formar parte de los cientos de archivos clasificados que aún duermen en alguna oficina de Washington.

FALLO DE LA CUARTA VERSIÓN DEL
PREMIO SAGITARIO EDICIONES DE NOVELA CORTA

Reunidos en la ciudad de Panamá el día 29 de julio del año 2017, siendo las tres de la tarde y contando con la presencia de los jurados nacionales: Beatriz Valdés y Dimitrios Gianareas, y habiendo recibido el fallo por escrito de la tercera jurado, de nacionalidad española, Espido Freire, y luego de extenso debate, se consigna por unanimidad la siguiente decisión:

Es ganadora del Premio la novela “**El color de las buganvillas**” que concursó bajo el seudónimo Eloisa. Los jurados concuerdan en que se destaca como la mejor novela del conjunto de siete participantes, por las siguientes características:

Su trama resulta interesante ya que nace en el Siglo XV, tiene presencia en el XVIII culminando en pleno siglo XXI. Vemos que el fenómeno migratorio, la búsqueda de identidad y sus implicaciones genealógicas han estado siempre con nosotros.

Bien escrita y documentada, de ritmo ágil. Sensual y con descripciones vivas y adecuadas. Sorprende el nivel cultural de la obra, de estructura ambiciosa evidenciada en sus saltos temporales y de escenarios.

Este jurado felicita a los organizadores del Premio,

instándolos a continuar apoyando e impulsando el talento literario en Panamá.

**Beatriz Valdés
Gianareas**

(escritora panameña)
panameño)

Espido Freire

(escritora española)

Dimitrios

(escritor

El color de las buganvillas ,
novela de María Laura De Piano,
se terminó de imprimir en
Impresora Pacífico, S.A.,
en la ciudad de Panamá,
en noviembre de 2017.
La edición estuvo al cuidado de
Carolina Fonseca y Enrique Jaramillo Levi.